

Trabajo Final de Grado
Modalidad: Monografía

El niño y el psicoanálisis

Montevideo, 30 de julio de 2018

Estudiante: Anahí Pastorini - C.I.: 4.753.132-5

Tutora: Mag. Verónica Pérez Horvath

Resumen

El presente trabajo busca responder la interrogante ¿Qué es un niño para un psicoanalista?, e intenta pensar en la implicancia de esta cuestión en la clínica psicoanalítica. Con este fin, se realiza un recorrido por los postulados de autores clásicos y contemporáneos al respecto.

Se sistematizan las concepciones de niño de estos autores, tomando como analizadores los conceptos de “diacronía” y “sincronía” puntualizados por Aníbal Leserre (2003), visualizando sus particularidades, similitudes y divergencias, así como también, la relación de estas con la técnica de cada autor.

Por otro lado, se valora cómo se relacionan estas concepciones, con la definición, por parte de cuatro psicoanalistas clásicos y uno contemporáneo, del psicoanálisis de niños, ya sea formando parte de un mismo psicoanálisis, aunque con ciertas especificidades, o siendo una especialidad con un objeto específico.

Este trabajo comienza con un desarrollo de la temática en las obras de Sigmund Freud. En segundo lugar, se aborda el tema en las obras de Melanie Klein y en tercer lugar en Anna Freud. En cuarto lugar, se indagan los aportes de Françoise Dolto, para finalizar con la autora contemporánea Alba Flesler.

Palabras clave: Psicoanálisis, Niño, Clínica.

Introducción

Sea como sea, nos es lícito concluir que la noción de niño puede ser puesta en duda precisamente en la medida en que podemos ponerla en duda, ya que la noción de niño es un significante verdadero y como tal, no significa nada.
(Thomas, M. C., 1998)

Este trabajo surge del tránsito, a lo largo de la carrera, por optativas sobre la clínica psicoanalítica con niños, por un proyecto sobre la transferencia con niños en la relación psiquiatra - paciente en casos de Bernardo Etchepare, y por la práctica de graduación “Clínica - niños: Espacio creativo”. Este tránsito generó ciertas resonancias e inquietudes en cuanto a la concepción de niño que subyace en la práctica clínica. Así como también, el supuesto de que, la manera de trabajar terapéuticamente con el niño se relaciona con que sea éste para el psicoanalista.

El niño y la infancia son construcciones socio-históricas. Philippe Ariès (1992) afirma que,

Hasta aproximadamente el siglo XVII, el arte medieval no conocía la infancia o no trataba de representársela; nos cuesta creer que esta ausencia se debiera a la torpeza o a la incapacidad. Cabe pensar más bien que en esa sociedad no había espacio para la infancia. (p. 1).

Eduardo Bustelo (2012) agrega, apoyándose en una lectura de la obra de Ariès, que en la Edad Media no existía la infancia, las niñas permanecían “apartadas” y eran criadas de manera doméstica y preparadas para el matrimonio, y los niños se integraban a la sociedad luego de haber completado “sus capacidades psicomotoras”. Comenta que los niños vivían con los adultos y no eran apartados porque se los consideraba adultos jóvenes. Es recién a fines del siglo XVII que, la familia pasa a tener como eje central a los hijos y lo que refiere a su educación, así como también, pasa a ser “ámbito de afección entre sus miembros”. A su vez, en este siglo, aparece la escuela como lugar de encierro, para la educación y disciplinamiento de los niños, siendo estos últimos, separados de los adultos. Es el surgimiento de este dispositivo escolar y la creciente intimidad y privacidad de la familia del siglo XVIII, lo que marca el surgimiento de la infancia (p.1).

En la medida en que el término niño reúne actualmente diversas significaciones, producto no sólo de lo colectivo, como es expuesto por Ariès, sino también de lo singular de cada sujeto. Este trabajo pretende dar cuenta de las significaciones que condensa la concepción de niño que subyace al quehacer del psicoanalista y su relación con la clínica psicoanalítica.

Por otro lado, se trabajará cómo se ponen en juego en las distintas concepciones de niño, los conceptos de “diacronía” y “sincronía” propuestos por Aníbal Leserre. Según este autor, “diacronía” refiere al “devenir” del niño en el tiempo, y se relaciona con su desarrollo, el cual depende de la familia como institución. Sin embargo, “sincronía” hace referencia a lo estructural, a un sujeto deseante, que es “a-temporal”. (Leserre, 2013, p. 158).

En el primer capítulo se expondrán los conceptos de sexualidad infantil, lo infantil, la infancia y la concepción de niño en las obras de Sigmund Freud, quién inauguró el camino de lo que sería años después con las conceptualizaciones de Anna Freud y Melanie Klein, el psicoanálisis de niños. En el segundo y tercer capítulo, se trabajarán y contrastarán las concepciones de niño de Melanie Klein y Anna Freud, así como también la relación de éstas con su práctica psicoanalítica. En el cuarto capítulo, se sistematizarán los aportes de Françoise Dolto, y se hará una breve mención de la postura de Alba Flesler en lo que refiere a las concepciones de niño y a consideraciones teórico- técnicas acerca del psicoanálisis de niños.

La pertinencia de este trabajo radica en que, tal y como, afirma Ricardo Rodulfo (1996), “Aparentemente, es muy fácil señalar qué es un niño, pero desde el punto de vista del psicoanalista, allí comienzan los problemas”. ¿Cuáles son los límites del niño, desde el psicoanálisis? ¿se reduce el niño a una entidad que recibe estímulos y responde a los mismos, o comprende, por ejemplo, la prehistoria de este último? (p.17). ¿Trabajan con el mismo niño, los pediatras, los psicopedagogos, los psicólogos cognitivo-conductuales y los psicoanalistas?

Ésta dificultad de definir el campo sobre el que se opera, hace necesario repensar cuál es el objeto del psicoanálisis al tratar niños y qué son los niños para el mismo. Por otro lado, resulta importante volver a pensar sobre cómo consideramos a los niños, para poder visualizar las significaciones que instituímos en la práctica clínica y el efecto que estas tienen en el proceso de subjetivación de los niños.

1. El niño y el descubrimiento freudiano

¿Qué es un niño?

Entre la inocencia de la infancia
y la edad de la madurez,
encontramos una criatura
encantadora llamada niño.

Un niño es una criatura mágica.

Puedes cerrarle la puerta de tu despacho,
pero no puedes cerrarle la puerta del corazón.

(Rambal, E., 1990)

Para Enrique Rambal, actor y director de cine nacido en España en el siglo XX, un niño es una criatura encantadora, mágica e inocente.

Siguiendo al historiador Alberto del Castillo (2006), lo que significa ser un niño cambia según el contexto histórico y social. (p. 123). Lo que un sujeto pueda enunciar sobre que es un niño depende del imaginario social de su época. Así como también, de su singularidad.

Ahora, ¿qué es para Freud, para el psicoanálisis freudiano un niño? Para responder esta pregunta, es necesario comenzar por el desarrollo de los ciertos conceptos claves de la obra freudiana, así como también resulta importante destacar el aporte teórico freudiano consistente en la sexualidad infantil.

Según Raúl E. Levin (1995), Freud le otorgó a la niñez un lugar privilegiado,

Le reconoció una sexualidad específica y un papel para el narcisismo y la emocionalidad de la vida futura. Destacó a partir de la niñez el acceso a una estructuración de la vida psíquica que sería constitutiva y se perpetuaría a lo largo de toda la vida de la persona. La niñez, de acuerdo a este momento histórico, más que rescatada, fue nombrada, investida, reconocida, incluso jerarquizada y hasta idealizada. (p. 619).

Sin embargo, no fue con Freud que el niño se instauró como un sujeto del análisis, Sigmund Freud se interesó por el estudio de la sexualidad infantil y el niño, en tanto así podría corroborar los hallazgos de las reconstrucciones de los análisis de adultos, e investigar cómo era la génesis de las enfermedades neuróticas, y perversas y cómo se desarrollaría la sexualidad de un niño que luego sería un adulto normal. (Levin, 1995, p. 621).

Freud (1913/1991) sumó el “factor infantil”, a los factores que conciernen a la herencia y a lo somático de las neurosis, que ya eran reconocidos, y se focalizó en el estudio, de lo infantil de la sexualidad adulta, es decir, de “las inhibiciones del desarrollo anímico” que predisponen a la neurosis. (p. 213).

Vislumbramos así una fórmula: los neuróticos han conservado el estado infantil de su sexualidad o han sido remitidos a él. De ese modo, nuestro interés se dirige a la vida sexual del niño; estudiaremos el juego de influencias en virtud del cual el proceso de desarrollo de la sexualidad infantil desemboca en la perversión, neurosis o en la vida sexual normal. (Freud, 1905/1992, p. 156).

Cabe destacar que, aparece en este texto el niño como dueño de una vida sexual infantil, hito en la vida del niño que determinaría a futuro su normalidad o enfermedad.

Nótese que lo infantil en el psicoanálisis freudiano, no refiere a lo que es “propio de niños”, ni al comportamiento característico de éstos, sino que se relaciona con lo sexual reprimido, con perturbaciones del desarrollo de la sexualidad infantil que persisten en el adulto. (Dinerstein, 2000, p.13). Lo infantil se encuentra en las personas por lo que se desdibuja como algo exclusivo de los

niños. Un adulto neurótico presenta una sexualidad que se remite a la infantil. Por lo que, surge la pregunta ¿qué es exclusivo del niño, “¿qué es un niño?” (Vargas, 2010, p. 1).

El gran descubrimiento de Sigmund Freud fue la sexualidad infantil; la palabra descubrimiento según el Diccionario Etimológico español (2018), proviene del latín *discooperire* que significa destapar algo que antes se había tapado o había permanecido oculto. En este caso, lo que Freud (1907/1992) destapa es que los niños en el tránsito de su infancia ya presentan y exteriorizan una sexualidad; desde que nacen tienen sensaciones placenteras, transitan una vida sexual infantil que se desarrolla en las fases oral, anal y fálica, y que consiste en la satisfacción autoerótica de pulsiones parciales, asociadas a ciertas zonas de la piel llamadas “zonas erógenas”, que nacen por “el apuntalamiento de las funciones corporales” importantes para la vida. (pp. 116-117).

Por otro lado, Jacques Lacan (1953/1954/2001) escribe en relación a los descubrimientos del psicoanálisis; “Si hay un descubrimiento positivo que el análisis hizo acerca del desarrollo libidinal es, justamente, que el niño es un perverso, e incluso un perverso polimorfo.” (p. 312).

Sigmund Freud (1905/1992) escribe en *Tres ensayos de teoría sexual* que el niño tiene una “disposición perversa polimorfa”, es decir que, tiene la “aptitud” para transformarse en un “perverso polimorfo” y así realizar “todas las trasgresiones posibles”. Esta disposición que Freud califica como “infantil” estaría habilitada para el niño, al no estar formados los “diques anímicos contra los excesos sexuales: la vergüenza, el asco y la moral.” (pp. 173, 174).

Freud (1906/1992) explica que esta disposición no es otra cosa que la “disposición sexual constitucional del niño” y agrega que,

el comportamiento de la función sexual llamada normal surge de esa disposición, por represión de ciertos componentes. Mediante la referencia a los caracteres infantiles de la sexualidad pude establecer un enlace simple entre salud, perversión y neurosis. La norma resultó ser el fruto de la represión de ciertas pulsiones parciales y ciertos componentes de las disposiciones {constitucionales} infantiles, y de la subordinación de los restantes bajo el primado de las zonas genitales y al servicio de la función de la reproducción. (pp. 269).

Nótese que aparece en la escritura freudiana de los años 1905 y 1906, la concepción de niño como “perverso polimorfo”, este último tendría una constitución sexual de este tipo, que luego a medida que avanza el desarrollo sexual, podría conducir a la sexualidad normal y la salud, o a la perversión y a la neurosis. Esta manera de pensar la constitución del niño, descarta aquella concepción del niño como ser inocente y asexual.

Yolanda López (1999) agrega al respecto que,

Una concepción de niño incapaz, inepto, imposibilitado por sí mismo para la comprensión del mundo, se extendió y profundizó entre los siglos XVII al XIX [...] Pero además, como efecto de su "debilidad mental" fue considerado como un ser puro [...] hasta el punto de constituirlo en un símbolo con claras analogías con lo divino. El esfuerzo familiar, educativo, social debía orientarse a preservar su pureza, vale decir, a no descubrir ante él los misterios de la vida - léase de la sexualidad - hasta tanto su razón, que debía consolidarse con la adultez, se lo permitiera. De la sexualidad infantil del inocente es entonces de la que Freud habla al final del siglo XIX y comienzos del XX. Escándalo, indignación, ruptura marcan el comienzo del discurso psicoanalítico sobre los niños. (pp. 1-2).

Freud entiende la infancia como un período de la vida del niño muy significativo, por un lado, en tanto, "las impresiones" del mismo afectan a este "ser inacabado y endeble", pudiendo generarle diferentes traumas. (Freud, 1933/1991, p. 136). Estos traumas, es decir, vivencias que por su "intensidad de estímulo" no pueden ser tramitadas y provocan "trastornos duraderos para la economía energética", harían del niño, un ser predispuesto a la contracción de neurosis y de "perturbaciones funcionales" en su edad adulta. (Freud, 1917/1991, p. 252).

Por otro lado, subraya la significatividad de la infancia en tanto se produce un florecimiento de manera temprana de la sexualidad que "deja como secuela incitaciones decisivas para la vida sexual de la madurez". (Freud, 1933/1991, p. 136). Este autor, sostiene que "El punto de llegada del desarrollo lo constituye la vida sexual del adulto llamada normal", en la cual el placer se asocia a la función de la reproducción y las "pulsiones parciales" quedan bajo la primacía de la "zona erógena genital", conformando una organización en la cual "la meta sexual" se logra en un objeto ajeno a la propia persona. (Freud, 1905/1992, p. 179).

Por otro lado, el análisis del caso Hans significó la comprobación "en el objeto viviente" de la teoría de la sexualidad infantil, de las teorías sexuales de los niños, y como un plus, la confirmación de la posibilidad de que un padre-analista analice un niño sin que ello represente un peligro para él. (Freud, 1933/1991, p. 137).

Podemos decir que, en otras palabras, la infancia sería para Freud un lugar en el que se encuentran las causas de las enfermedades neuróticas y de otras índoles funcionales, y en el que se desarrolla una sexualidad precursora de la sexualidad adulta normal o de una con desviaciones. (Freud, 1933/1991, p. 137). Un lugar, en tanto, Freud sabe que es lo que hay ahí y pretende encontrarlo; en un paciente adulto pretende localizar los traumas que causaron su enfermedad, y en un niño, como en el caso Hans, pretende encontrar sus teorías sexuales infantiles y las exteriorizaciones de su sexualidad. La vía para encontrar lo que hay en ese lugar es en el caso del paciente adulto, el análisis, y en el del niño Hans no sólo el análisis, sino también la observación directa de este "objeto viviente";

A través de diversos dichos y preguntas, exteriorizaba ya entonces un interés particularmente vivo por la parte de su cuerpo que tenía la costumbre de designar como «hace-pipí» {«Wiwi- macher»}.

Así, cierta vez hizo esta pregunta a su madre:

Hans: «Mamá, ¿tú también tienes un hace-pipí?»

Mamá: «Desde luego. ¿Por qué?»

Hans: «Por nada; se me ocurrió». (Freud, 1909/1992, p. 8).

Podría pensarse también la infancia que devela Freud como una suerte de origen. La palabra origen proviene, según el Diccionario Etimológico español (2018), del latín *origo* que significa comienzo y tiene una relación con el verbo *oriri* que significa surgir, nacer, aparecer. En el comienzo estaba el niño, un “ser inacabado y endeble” (Freud, 1933/1991, p.136), una “persona genésicamente inmadura” (Freud, 1905/1992, p.135), con un escaso desarrollo de sus sistemas intelectuales y en el destino, en el “punto de llegada” como dice Freud, el adulto, una persona madura. (Freud, 1905/1992, p. 86).

Nótese la concepción de niño que surge en estos pasajes de los años 1905 y 1933 de los textos freudianos, el niño como ser o persona inacabada, “endeble”, inmadura y “con un escaso desarrollo”. Podemos pensar que se remarcan dos cuestiones en esta concepción, en primer lugar, el desarrollo del niño, es decir, la dimensión diacrónica en la que se pone en primer plano el “devenir” del niño a lo largo del tiempo, en segundo lugar, pensamos que cuando habla del niño como “genésicamente” inmaduro, es decir, cuando habla de su falta de “maduración sexual”, aparece el orden de lo biológico y surge – desde una perspectiva lacaniana – algo de lo real¹ en el niño, este último tiene la imposibilidad de utilizar sus genitales para la reproducción. A su vez, podemos pensar que se puede corresponder esta concepción de niño, con la que según López (1999) predominaba en el siglo XX, es decir, del niño débil e incapaz. (p.1).

Aunque, en el texto *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, Freud (1909/1992) afirma,

Yo no comparto el punto de vista, que hoy goza de predilección, según el cual los enunciados de los niños serían por entero arbitrarios e inciertos. Arbitrariedad no la hay, absolutamente, en lo psíquico; y en cuanto a la incerteza en los enunciados infantiles, se debe al hiperpoder de su fantasía, lo mismo que la incerteza en los enunciados de los adultos deriva del hiperpoder de sus prejuicios. En lo demás, el niño no miente sin razón, y en general se inclina más que los grandes por el amor a la verdad. Se haría grave injusticia a nuestro pequeño Hans si se desestimaran en bloque sus indicaciones [...]. (p. 85).

De esta manera es que Freud le da valor a la palabra del niño. A diferencia del discurso social de la época que estipula que las palabras del niño no valen, Freud afirma que lo que dice el

¹ Lo real es lo imposible, aquello que “no cesa de no escribirse”. (Lacan, 1973/1981, p. 114).

niño es tan verdadero como lo que dice el adulto. Si dejamos de lado, las dificultades que Freud visualiza en el análisis de niños, que más adelante comentaremos, y tenemos en cuenta que Freud, en el encuentro que tiene con Hans hace interpretaciones en relación a lo edípico, decimos que considera al niño como “sujeto del inconsciente”; suponiendo, en sus interpretaciones, “dos niveles pertenecientes a contenidos manifiestos y contenidos latentes conformados por deseos incestuosos y parricidas.” (Grigoravicius, Regueiro & Maza, 2016, p. 85).

A su vez, en la obra freudiana, también surge otra forma de concebir al niño relacionada al concepto de narcisismo. Aparece el niño como, “His Majesty the Baby”, debiendo “cumplir los sueños” no realizados de los padres, “el varón será un grande hombre y un héroe en lugar del padre, y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa para la madre.” Los padres aman al niño por lo que “querrían ser”, el “amor parental” es el “narcisismo redivivo de los padres”. (Freud, 1914/1992, pp. 87-88).

Por otro lado, tal y como explica Virginia Hernández (2014), para llegar al punto anteriormente mencionado, a ser un adulto con una estructura desarrollada, el niño tiene que transitar por ciertos períodos que son fundamentales “en el movimiento de una estructura que se incorpora según la diacronía del complejo de Edipo”. (p. 1).

Este tránsito consiste en los períodos de infancia, latencia, pubertad y, por último, adultez, los cuales son distinguidos por Freud, en sus obras, en función del desarrollo de la sexualidad.

En cuanto a la infancia, Freud (1924/1992) entiende que se extiende hasta alrededor de los 5 años, y que se resuelve con el sepultamiento del complejo de Edipo. Este último es considerado “el fenómeno central” de la primera infancia. (p. 181).

En el texto, *El Yo y el Ello* Freud (1924/1992) afirma que en cierto momento de la vida del niño se refuerzan los deseos sexuales hacia la madre, y por el discernimiento de que el padre es un impedimento para estos deseos, nace este complejo. La identificación con el padre se vuelve hostil, se torna en el “deseo de eliminar al padre” para suplantarlo junto a la madre, y se aspira de una manera tierna a la madre. En el caso de la niña, se desea al padre y se quiere eliminar a la madre. (pp. 33-34).

Cuando se sepulta el Edipo, es decir, cuando se viene a pique, el desenlace normal del niño varón consiste en “un refuerzo de la identificación-padre” y el de la niña en el “refuerzo de la identificación-madre”, se reafirma en el primer caso el carácter masculino y en el segundo el femenino. Queda conformado así al sepultarse este complejo, el superyó del niño como “un residuo de las primeras elecciones de objeto del ello” y como una “formación reactiva frente a ellas”. (Freud, 1924/1992, pp. 34-36).

El Edipo se reactualiza en la pubertad, y es en este momento que la vida sexual infantil pasa a su “conformación normal definitiva”; se produce “la coincidencia de las dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexuales: la tierna y la sensual”. La primera, congrega lo que queda del “temprano florecimiento infantil de la sexualidad”. (Freud, 1905/1992, p. 189).

Siguiendo a Ximena G. Rojas y a María Elena Lora (2008), la diferencia central entre el niño y el adulto que define Freud en sus obras, es la “pubertad biológica realizada”. Sigmund Freud (1907/1992) afirma que, “largo tiempo antes de la pubertad el niño es un ser completo en el orden del amor, exceptuada la aptitud para la reproducción.” (p. 117).

Este hecho, de que el niño no pueda disponer de su genitalidad al servicio de la reproducción como el púber, se retrotrae, como explicitamos anteriormente, a las limitaciones del cuerpo del niño, a lo que puede pensarse desde la teoría lacaniana como lo real del cuerpo de este ser.

Cabe destacar que es a través de los reordenamientos estructurales en función de la diacronía del Edipo, de los períodos de infancia, latencia y pubertad, que quedaría marcado el límite entre el niño y el adulto. (Rojas & Lora, 2008).

Sin embargo, Freud (1909/1992) advierte que no hay una frontera precisa que sea permanente entre niños y adultos nerviosos, y adultos normales; muchos individuos pasan de ser individuos sanos a ser enfermos nerviosos, y otros pocos hacen al revés. (p. 116).

Y va más allá al afirmar que ciertos pacientes adultos tienen tantos rasgos infantiles de personalidad que habría que utilizar con ellos técnicas del análisis de niños,

Por otra parte, las inevitables divergencias de este tipo de análisis con relación al del adulto se aminoran por la circunstancia de que muchos de nuestros pacientes han conservado tantos rasgos infantiles de carácter que el analista, adaptándose también aquí a su objeto, no puede menos que servirse con ellos de ciertas técnicas del análisis de niños. (Freud, 1933/1991, p. 137).

Surgen las preguntas, ¿Cuáles son estos rasgos infantiles que hacen del adulto, para el psicoanálisis freudiano, un objeto equiparable al niño? ¿A qué técnicas del análisis de niños se refiere?

Freud (1933/1991) habla del niño en su *Conferencia número 34* como un objeto propicio para la terapia analítica, siempre y cuando, se haga una gran modificación de la técnica que fue creada para adultos. (p. 137). Argumenta la necesidad de esta modificación afirmando que;

Psicológicamente, el niño es un objeto diverso del adulto, todavía no posee un superyó, no tolera mucho los métodos de la asociación libre, y la transferencia desempeña otro papel, puesto que los progenitores reales siguen presentes. Las resistencias internas que combatimos en el adulto están sustituidas en el niño, las más de las veces, por dificultades externas. (Freud, 1933/1991, p. 137).

En primer lugar, resulta pertinente precisar que Freud se refiere a un niño que no tiene todavía un superyó cuando afirma la necesidad de adaptar la técnica a este objeto. Por lo que, se entiende que estaría hablando de un niño menor a 5 años. En segundo lugar, la adaptación que

plantea Freud al objeto, es decir el cambio que propone de la técnica en función de si se trata de un niño, un adulto con o sin rasgos infantiles, lleva a la pregunta ¿cuál es el objeto del psicoanálisis freudiano? ¿Es el niño, el púber, el adulto, las neurosis, o los procesos anímicos inconscientes?

El psicoanálisis freudiano es una teoría, un método de tratamiento y un “método de investigación” de las neurosis, así como también, “una doctrina de los procesos anímicos más profundos”; “psicología de las profundidades” que “lleva a la averiguación de estas constelaciones” inconscientes. (Freud, 1924/1992, pp. 217-218).

Aparece entonces en el texto *El Yo y el Ello*, el psicoanálisis como psicología de las profundidades, dicho de otro modo, psicología del inconsciente, no del yo, ni del superyó, ni del adulto, abocada a las neurosis. La necesidad de usar otra técnica, es decir, otras herramientas para llegar al conocimiento, la sustenta en que el objeto de conocimiento es otro; el niño.

Pensamos que Freud logra definir que el niño es un objeto diferente y que requiere otra técnica, pero no logra conceptualizarlo como paciente destinatario de la cura analítica. Si hubiera considerado al niño como beneficiario de la cura analítica, podría haber explicado, al ser el objeto del psicoanálisis el inconsciente, cuál es el funcionamiento del inconsciente del niño y así redefinir el objeto en el que se opera cuando se trabaja con este último como paciente en psicoanálisis.

Por otro lado, aparecen como obstáculo para Freud ciertas “dificultades externas”. Estas dificultades son las de “la situación parental”, que según este autor forman parte de “la condición infantil”. (Freud, 1933/1991, p. 142). ¿A qué se refiere con dificultades de la situación parental? Por un lado, a la resistencia que frecuentemente ofrecen los padres del niño. Esta última, es un riesgo para la continuación del análisis, por lo que este autor recomienda “aunar al análisis del niño algún influjo analítico sobre sus progenitores”. (Freud, 1933/1991, p. 137).

Por otro lado, se refiere al manejo de la transferencia con el niño. Existe según este autor, un problema ético en ello, por lo que sólo avala el análisis de niños sólo si éstos son analizados por sus padres analistas. En el caso Hans, Freud guía, supervisa al padre de este niño en su tratamiento. Y menciona que es “el conocimiento de causa” del padre de Hans lo que permitió el análisis y superó las dificultades del mismo. (Freud, 1907/1992, p. 7). Otra vía para superar estas dificultades sugerida por Freud es el análisis de los maestros y educadores como “medida profiláctica”. (Freud, 1933/1991, p. 139).

Este autor, denomina transferencia al desarrollo en los neuróticos de “vínculos afectivos de naturaleza tanto tierna como hostil” dirigidos a su médico que no se basan en la situación real, sino que proceden del vínculo con sus padres, es decir, de lo edípico. (Freud, 1926/1992, p. 256).

El dilema ético de Freud tiene que ver con que el analista ocupe para el niño ese lugar de autoridad, siendo que son los padres los que tienen que estar allí. En el análisis del caso Hans él comenta que si hubiera estado en el lugar del padre del niño le hubiera esclarecido sobre la existencia de la vagina y del coito. Pero no lo hace, no porque no tenga oportunidad, ya que tuvo

un encuentro con Hans, sino porque considera que es algo que corresponde a sus padres. (Freud, 1909/1992, p. 116).

Silvia Fendrik (1989) se refiere a esta cuestión de la dificultad de visualizar al niño como paciente y reflexiona que;

Los principios de la cura analítica no son los de la aplicación de una teoría; son el producto de la reflexión sobre los obstáculos que fueron surgiendo a partir de la psicoterapia de la histeria; y Freud nunca dejó de insistir, ni aun cuando se podía decir que la teoría ya estaba construida, en que es en la clínica y en la singularidad de cada caso donde el psicoanálisis debe encontrar siempre sus fundamentos. Por eso entre el niño como confirmación empírica de la validez de algún concepto teórico y el niño como paciente, la distancia que existe es la que sostiene la lógica de la relación fundante de la clínica freudiana. (pp. 19-20).

Freud (1933/1991) deja como encargada de encontrar estos fundamentos y de desarrollar “la aplicación del psicoanálisis a la pedagogía, la educación de la generación futura”, a su hija Anna Freud. (p. 135). Podemos pensar, a partir de este pedido que hace Sigmund Freud, que hay una intención de que se aplique el psicoanálisis ya existente a un nuevo campo, es decir, que se realice una adaptación, sin embargo, Freud considera la pedagogía como el futuro campo de aplicación del psicoanálisis, lo cual hace cuestionarnos, ¿cómo podría Anna Freud mantener los postulados del psicoanálisis freudiano en el campo de la educación? Vale destacar que, Sigmund Freud no habla, en este pasaje, de aplicar el método a los niños, sino a la disciplina ya mencionada. Ahora, ¿Tienen el mismo objeto estas dos disciplinas?

Anna Freud, el niño y el psicoanálisis de niños como subespecialidad

Anna Freud (1895-1982) fue una institutriz y psicoanalista nacida en Viena el 3 de diciembre de 1895, hija de Sigmund Freud y Martha Bernays. (Vallejo, 2002, p. 65). Ésta psicoanalista se convirtió junto con Melanie Klein en representante del psicoanálisis de niños. Fue recién con ellas que se pudo hablar de técnicas de análisis de niños, dichas técnicas partieron del “historial de Hans”. Por otro lado, ambas analistas presentaron divergencias desde un principio, las cuales se fueron visualizando a medida que avanzaban sus publicaciones. Ello produjo que se dividieran los seguidores de Freud y los de Klein en dos escuelas. (Fernández, 2006, p. 27).

En el libro *El psicoanálisis infantil y la clínica* (1985) Anna Freud relata una breve historia del análisis de niños explicando su difusión en la década de 1920,

El análisis de niños es una subespecialidad del psicoanálisis que hizo su aparición hace unos cuarenta años. Por ese entonces el hecho no se produjo como desprendimiento aislado de la

materia, sino que integraba el proceso mismo de difusión del psicoanálisis. En tanto que, hasta ese momento, la terapia analítica se había visto limitada, en términos generales, a adultos jóvenes y al tratamiento de neurosis, a partir de entonces se incluyeron otras edades y otros tipos de trastornos en su campo de aplicación. En Viena fue Siegfried Bernfeld quien inició el estudio y tratamiento analítico de adolescentes perturbados [...]. (p. 11).

Nótese que esta autora habla del psicoanálisis de niños como una subespecialidad. Según el diccionario de la Real Academia Española (2014), especialidad significa “Rama de una ciencia, arte o actividad, cuyo objeto es una parte limitada de ellas, sobre la cual poseen saberes o habilidades muy precisos quienes la cultivan.” A su vez, de acuerdo con este diccionario, el prefijo sub, refiere a la “subordinación”, en este caso, podría pensarse en la subordinación del psicoanálisis de niños al psicoanálisis como ciencia “tronco”, es decir, de la cual brotaron, al parecer de Anna Freud, distintas ramas. Cabe destacar que teniendo en cuenta esta definición de especialidad, el psicoanálisis de niños tendría un objeto específico que sería una parte del objeto del psicoanálisis. Dicho objeto sería el niño, y en otras subespecialidades o ramas nombradas por esta autora, sería el adolescente, los psicópatas, entre otros.

Asimismo, al referirse a la capacitación de la época en análisis de niños Freud (1966/1985) destaca que,

Los aspirantes no pueden capacitarse en ningún instituto, y de manera directa, en el tratamiento analítico de psicópatas, perversos, delincuentes o criminales, ni tampoco se enseña en ningún lado técnica alguna, más o menos equivalente a la tradicional, para su empleo con estas categorías de pacientes (a diferencia de lo que ocurre con la técnica del análisis de niños). Tal vez sea el carácter único del análisis de niños, entre las demás subespecialidades del psicoanálisis, lo que ha determinado la formación de una asociación norteamericana independiente para el psicoanálisis de niños.” (p. 15).

¿Se puede hablar de un carácter único del psicoanálisis de niños como dice Anna Freud, que explique la creación de una asociación norteamericana dedicada exclusivamente al mismo?
¿Cuál es este carácter?

En la actualidad, Alba Flesler (2007) reflexiona al respecto, argumentando que debido a que el niño no le habla al analista -adulto y neurótico- “como un semejante”, la “extraña ajenidad” que ello produce fue lo que llevó a la creación de teorías que hacen del niño un “objeto especial”. Y que al considerar que los niños no podían abordarse por la vía habitual utilizada en adultos, se creó para ellos una “técnica especial”. (pp. 23-24).

Extraña ajenidad o al decir de Julia Kristeva (1991) “inquietante extrañeza”, refiere según esta autora al concepto freudiano, de lo que fue familiar, en el sentido de algo que fue conocido,

pero se reprimió, “se tachó de extraño y se remitió a un pasado impropio”, y que “en ciertas condiciones reaparece”. (pp. 360-361). Se podría pensar entonces que, en los comienzos del psicoanálisis de niños, cuando Anna Freud hace el esfuerzo de acercar al niño la cura psicoanalítica, y cuando se funda una asociación norteamericana independiente para el psicoanálisis de niños, se toma al mismo no sólo como objeto especial, único al decir de Anna Freud, sino también como objeto de la subespecialidad independiente del psicoanálisis de niños, siendo merecedor de una técnica especial. Esto podría relacionarse con la dificultad que suscita acercarse al niño por parte de los analistas al ser adultos cuya vivencia de la primera infancia, del ser niño, de la identidad y rol infantil, sufrió una represión, es ajena, extraña.

Con respecto al nombramiento de Anna Freud del psicoanálisis de niños como subespecialidad, resulta interesante la pregunta que se plantea Ana María Fernández (2006) “¿Por qué aparece la necesidad de demarcar dentro del psicoanálisis distintos campos prácticos y teóricos en base a aspectos cronológicos?” (p. 21), a la cual agregaríamos ¿y en base a aspectos patológicos? Resulta pertinente preguntarse, ¿Por qué es el objeto del psicoanálisis de niños para Anna Freud, el niño? y ¿Qué es el niño propiamente dicho, para esta autora?

Según la perspectiva de Anna Freud, esta nueva rama del psicoanálisis se desarrolló “a lo largo de dos caminos “perfectamente diferenciados”. Por un lado, se desplegaba en la escuela de Viena asociada a su nombre y por el otro en la escuela de Berlín bajo el liderazgo de Melanie Klein. (Freud, 1985, p. 13).

Resulta sorprendente que Anna Freud entienda los dos caminos como diferenciados de una manera drástica, siendo que ambas psicoanalistas se dedicaban a una misma especialidad. ¿Compartían en el psicoanálisis de niños, Anna Freud y Melanie Klein el mismo objeto?

Anna Freud (1985) explica que las diferencias con Klein parecían al principio reducirse a aspectos técnicos, pero luego llegaron a extenderse a cuestiones teóricas. (p. 13). Afirma refiriéndose a su escuela,

Por nuestra parte, exploramos sobre todo las modificaciones introducidas en la técnica clásica, dictadas, en nuestra opinión, por la incapacidad del niño para valerse de la asociación libre, por la inmadurez de su yo, la dependencia de su superyó, y por la resultante incapacidad para manejar sin ayuda las presiones del ello. (Freud, 1985, p. 13).

Es interesante visualizar que Anna Freud justifica la necesidad de crear otra técnica para el análisis de niños y a la vez explica el camino seguido por su escuela en el mismo, refiriéndose a las incapacidades del niño, a su inmadurez y a su dependencia, algunos de estos aspectos fueron señalados por Sigmund Freud como dificultad, al pensar en la posibilidad del análisis de niños. (Freud, 1933/1991, p. 137).

Cabe destacar que esta autora delimita también en el párrafo citado anteriormente, el objeto que su escuela aborda, por lo que se podría pensar que el niño aparece como ser “dependiente”, inmaduro e incapaz.

En su libro, *Psicoanálisis del desarrollo niño y del adolescente*, se reitera esta concepción de niño,

Desde hace largo tiempo se considera que la pediatra y el analista de niño tienen mucho en común. El objeto de su observación es el ser humano inmaduro que se encuentra en un fluido estado de desarrollo incompleto caracterizado por rápidos cambios y en el que la interacción entre las influencias innatas y las ambientales es más notable que en la adultez. Por lo tanto, ambos deben tener en cuenta no sólo al niño en sí mismo sino también su manejo [...] En su acción terapéutica, ambos deben superar el problema de la falta de cooperación del pequeño paciente. (Freud, 1985, p. 153).

Anna Freud hace un paralelismo entre el pediatra y el analista de niños, encontrando que ambos tienen el mismo objeto; el niño. Se refiere a éste como ser humano inmaduro en un fluido estado de desarrollo incompleto. Se puede visualizar, en la concepción de niño que maneja esta autora, un énfasis en la cualidad de inmadurez y, por ende, un énfasis en lo diacrónico, en el “devenir” del niño “a través del tiempo”. (Leserre, 2013, p. 158).

Es más, se puede decir que el eje diacrónico de su concepción de niño concuerda con su interés de que se tome como parte del trabajo del analista de niños “la predicción del desarrollo”. (Freud, 1985, pp. 62-63).

En el primer capítulo del libro *El psicoanálisis infantil y la clínica*, al referirse a los objetivos de la disciplina, de la escuela asociada a su nombre, Anna Freud (1985) comenta que,

Con respecto a la motivación específica para el análisis de niños, aprendimos a visualizar, como objetivo a largo plazo, la prevención de detenciones e inhibiciones, la anulación de regresiones mutiladoras y formaciones de compromiso y, por consiguiente, la liberación de las energías espontáneas del niño, dirigidas hacia el logro de un desarrollo progresivo. (p. 13).

Nótese que aparece como objetivo esperable del análisis del niño, el logro de su desarrollo. Entonces, ¿qué es la cura en el psicoanálisis del niño? ¿Apunta según esta autora, al logro de un desarrollo pleno del niño?

Se sabe que Anna Freud, además de ser psicoanalista, fue institutriz, ejerciendo una profesión abocada a la educación, y, por ende, al desarrollo de las facultades del niño. Ella mostró un gran interés por el desarrollo y la educación que, como se trabajó anteriormente, estuvo presente en sus obras literarias y en su práctica psicoanalítica. Anna Freud llegó a publicar en 1948

un libro llamado *Introducción al psicoanálisis para educadores*, en el que presenta a los educadores lo que, a su parecer, serían los tres puntos de vista del psicoanálisis, los cuales se transformarían en orientadores de la práctica de estos profesionales. El primero comprende una división cronológica de las etapas por las que transcurriría el niño, el segundo consiste en la estructura interna de la personalidad infantil y el tercero en las relaciones mutuas de los sectores de la personalidad infantil. (Freud, 1948/1985, pp. 81-82).

A su vez, Anna Freud (1985) escribe que,

El énfasis se desplaza por lo tanto de los aspectos puramente clínicos de un caso a los aspectos ligados con el desarrollo. Cuando se diagnostican los casos desde este punto de vista, el analista de niños o el psiquiatra de niños debe hallarse tan íntimamente familiarizado con la secuencia normal del desarrollo del niño como con sus perturbaciones neuróticas o psicóticas. Se ve enfrentado precisamente con la tarea de juzgar sobre la normalidad del proceso mismo del desarrollo. (p. 95).

Se puede decir que, en correspondencia con el logro del desarrollo progresivo del niño como objetivo del análisis, Anna Freud plantea en este texto diagnosticar a los niños teniendo en cuenta que tan normal es su desarrollo actual. Se deduce que habría un desarrollo normal del niño ya estipulado, al cual el niño debería de adscribirse sino lo hace, podría beneficiarse de iniciar un análisis. ¿Es el fin del análisis normalizar al niño?

Por otro lado, en concordancia con lo dicho anteriormente sobre el niño como objeto del psicoanálisis, esta autora argumenta que,

La técnica especializada del análisis del niño -en cuanto es una técnica especializada- puede deducirse de una regla muy simple: la de que el adulto es, por lo menos en gran medida, un ser maduro e independiente; el niño, cambio, un ser inmaduro y dependiente. (Freud, 1927/1990, p. 12).

Se piensa que aparece en este párrafo, nuevamente el niño como ser inmaduro y dependiente, pero también aparece el adulto como su polo opuesto, si éste es inmaduro el otro es maduro, si este es dependiente el otro es independiente. Queda demarcado el límite adulto - niño de esta manera. Límite propuesto desde una mirada adultocéntrica, según la cual el niño se encuentra en uno de los polos, subordinado al polo del adulto. Siguiendo a Eduardo Bustelo (2012), dicha polaridad se complementa con una idea de linealidad que implica una transformación hacia un destino central que es el adulto. (p. 1). Puede pensarse esta concepción de niño, que aparece en los textos de Anna Freud, como vestigio de la consideración social, del niño como un ser débil, del siglo XIX. (López, 1999, pp. 1-2).

Con respecto a este punto, Anna Freud (1985) comenta que,

La gran diferencia entre adultos y niños de edad preescolar o aún menores no reside tanto en una mayor sensatez por parte de los primeros, ya que los niños son relativamente razonables. La diferencia es que se supone que la conducta del adulto está regida por la razón, mientras que, en el niño, si bien la razón existe, el comportamiento está gobernado por temores, deseos, impulsos y fantasías. (pp. 67-68).

Se visualiza aquí nuevamente, al niño y el adulto conformando dos polos opuestos, en este caso, el adulto como ser racional y el niño como ser emocional, regido por “temores, deseos, impulsos y fantasías”. Entendemos que aparece el adulto no sólo como polaridad en la asimetría niño - adulto y como destino del niño, sino también como una suerte de ideal; maduro, independiente y racional.

A modo de ejemplo de esta demarcación entre el niño preescolar y el adulto, Freud (1985) comenta,

La audiencia que me escucha puede servir de ejemplo; quizá yo tenga algo interesante que decir, pero imaginemos que la charla se hace hastiante. Aun así, cada uno permanecería en su lugar porque eso es lo que se debe hacer. Si en cambio se tratara de niños y yo no lograra interesarlos, la reunión se disgregaría; unos dejarían el salón, otros se reunirían en un rincón entretenidos en otra cosa. (p. 68).

¿Si consideráramos este mismo ejemplo en la actualidad, se aplicaría? Se lo puede cuestionar y poner en duda, porque atañe a lo subjetivo, mejor dicho, a la producción de subjetividad. No es el mismo el comportamiento socialmente aceptado de un niño y un adulto en la época de Freud que en la actual. En la actualidad, la autora Silvia Bleichmar (2001) plantea la controversia del fin de la infancia. ¿no tienen los niños de hoy una rutina de gran carga horaria en la que deben permanecer centrados en las tareas que les plantea la maestra?

Volviendo a la consideración del texto de Ana Freud, cabe destacar que aparece en su ejemplo, el adulto como ser regido por la moral que actúa en función de ella, mientras que, el niño seguiría sus instintos o su voluntad.

Por otro lado, en cuanto a la técnica especializada que Anna Freud adjudica al análisis de niños, resulta importante considerar que ella entiende que se hace necesario elaborar una técnica nueva para el trabajo con estos seres debido entre otros aspectos a que el yo del paciente se encuentra inmaduro; el procedimiento analítico depende de “un yo funcionante que en un primer momento distorsiona el material del ello, y en un segundo momento coopera para eliminar los procesos secundarios”. (Freud, 1985, p.32).

Entonces, entiende que el yo del paciente, en este caso el del niño al ser inmaduro –pero bien podría ser el del psicótico al estar deteriorado o no funcionar– condiciona que se pueda usar o

no la técnica clásica del psicoanálisis. Se vieron obligados, al decir de Anna Freud (1927/1990), a reconocer “con gran decepción el hecho de que el niño no se presta a la asociación libre, obligándonos esta resistencia a buscar un sucedáneo para tan importante recurso del análisis del adulto.” (p. 49).

Según esta autora uno de estos métodos sustitutivos elaborados, fue la técnica del juego de Melanie Klein. Anna Freud (1927/1990) considera que esta técnica tiene valor en cuanto permite la observación del niño en su propio ambiente y resulta importante para conocer al niño que todavía no domina el habla. (pp. 49-50).

Sin embargo, Freud no concuerda con Melanie Klein en que su técnica se equipare a la técnica de asociación libre. (en el apartado siguiente se abordará la técnica de juego kleniana). No le parece posible equiparar las asociaciones lúdicas del niño de manera exacta a las asociaciones libres del adulto, ni que se averigüe así la significación simbólica oculta tras cada acto del juego. Explica que esta imposibilidad, radica en que el adulto que asocia libremente está regido por una “representación final”, la de que, él está en análisis, y esta representación falta en el niño. Por lo que, en lugar de corresponderle siempre a las asociaciones lúdicas del mismo una significación simbólica, podrían, algunas veces, tener “explicaciones inocentes”. Ejemplos de este tipo de explicaciones serían según ella, las relacionadas a las vivencias diarias del niño. (Freud, 1927/1990, pp. 50-51).

Por su parte, esta autora, sostiene que el análisis del niño conviene ser iniciado sólo en ciertos casos. Afirma a su vez que, “en la situación del niño falta todo lo que se considera indispensable en la del adulto”; la “resolución espontánea”, la “conciencia de enfermedad” y la “voluntad de curarse”. Por lo que, se dedica en un primer momento a lo que llama “período de introducción”, en el que establece en los niños, conciencia de su enfermedad, les proporciona confianza en el análisis y en ella como analista, y convierte la decisión exterior de analizarse en interior. De esta manera es que hace, a su entender, “analizables” a sus “pequeños pacientes”. Ella aclara que, la duración de este período dependerá de cuán diferente sea el “estado original del niño”, en comparación con el paciente adulto ideal. (Freud, 1927/1990, pp. 14-15).

Se puede pensar que, si bien ésta autora inaugura junto con Melanie Klein y otros analistas el psicoanálisis de niños, realizando un gran aporte al estudio del niño como objeto del psicoanálisis, teorizando sobre su funcionamiento psíquico, sobre su yo y sus defensas, y haciendo distintas investigaciones y observaciones directas del mismo, y si bien entiende al psicoanálisis del niño, como una subespecialidad con un objeto específico que se “despega” del psicoanálisis de adultos, no logra desprenderse del todo del ideal del psicoanálisis clásico, en el que se trabaja de una manera determinada con adultos. Podemos relacionar este punto con el hecho de que antes de comenzar el análisis de un niño Anna Freud procura “establecer en aquél todas las

disposiciones y aptitudes que le faltan”, su intención es que se cumplan en la mayor medida posible las condiciones iniciales de la situación analítica del adulto. (Freud, 1927/1990, p. 14).

En esta cita mencionada se afirma lo dicho anteriormente sobre la voluntad de Anna Freud de mantener el ideal del psicoanálisis clásico. Cabe destacar que, cuando propone intentar generar en el niño todas las disposiciones que no tiene, reafirma la concepción del niño que fue mencionada anteriormente cuyo énfasis radica en el desarrollo del niño y en sus carencias e incapacidades. Por lo que se reitera que, si bien hace un esfuerzo por teorizar sobre el niño como objeto del psicoanálisis y darle un lugar como paciente del mismo, al intentar que se iguale al adulto en disposiciones y aptitudes, se puede pensar que se desentiende de las diferencias que ella misma clarificó entre ambos objetos, por las que justificó la necesidad de crear otra técnica.

Por otro lado, esta autora como parte de su técnica genera una vinculación positiva con el niño, es decir, una transferencia positiva. La importancia de la transferencia como “recurso técnico auxiliar”, radica en que, a su entender, el análisis del niño exige de esta vinculación mucho más que el del adulto, “el niño sólo cree en las personas amadas y sólo es capaz de hacer algo cuando lo hace por amor a alguien.” Esta autora, lleva al niño a “una verdadera relación de dependencia” con su persona. (Freud, 1927/1990, p. 53).

Cabe destacar que, para Anna Freud, el psicoanalista es “una persona real en la vida del niño”, un adulto en el que puede confiar, admirar, con el que puede identificarse y contra el cual puede rebelarse, “una figura poderosa (a menudo más que los propios padres) y (aun si no se alberga intención alguna de asumir tal rol) una guía orientadora del curso del desarrollo infantil.” (Freud, 1985, p. 117).

Resulta interesante contrastar la posición que asume Anna Freud en el análisis de niños, como figura “poderosa”, orientadora del desarrollo del niño, co- parental, podría decirse, con los recaudos que Sigmund Freud entendía habría que tomar al analizar niños; como ya dijimos, él consideraba poco ético asumir el lugar de autoridad que corresponde a los padres del niño. (Freud, 1933/1991, p. 137).

Se podría relacionar esta figura “poderosa” que asume Anna Freud como analista de niños con la cercanía del psicoanálisis a la medicina, a la figura de autoridad del médico, mejor dicho, del pediatra, que ella misma entiende como similar a la del analista.

Como parte del período introductorio en el que generaba confianza en el niño, esta autora relata como ejemplo, en el caso de un paciente de 10 años, que “Si hacía muecas; yo las hacía mucho mejores; si me desafiaba a probar nuestras fuerzas, yo procuraba ser incomparablemente más fuerte que él. También en las conversaciones le seguía a cualquier terreno [...]”. (Freud, 1927/1990, p. 20) Comenta que lo que buscaba era capturar el interés del niño y aprovechaba para averiguar sobre sus “tendencias e inclinaciones”. En el caso de una niña que se encontraba en el mismo período, Anna Freud (1927/1990) cuenta que llegó a tejer durante las sesiones, vistiendo a sus muñecas y animales, con el fin de mostrarse no sólo interesante sino también útil. (p. 20).

Por lo que, entendemos que esta analista trabaja de manera flexible en el período previamente dicho, adaptándose a cada paciente para generar la transferencia positiva buscada. Anna Freud relata en la conferencia realizada en 1927 *Función de la transferencia en el análisis de niños* que, a diferencia de lo que sucede en el análisis del adulto, en el cual el analista es una hoja en blanco en la que el paciente registra sus “fantasías transferenciales”, en el análisis de niños, el analista es para ellos “una persona interesante, dotada de todas las cualidades imponentes y atractivas.” (Freud, 1927/1990, p. 59). ¿por qué cuando analiza adultos, el analista es objetivo, por así decirlo, y cuando analiza niños se muestra, muestra todas sus cualidades?

Por otro lado, Anna Freud piensa que en el niño no puede hablarse de “neurosis de transferencia”, aunque sí se establece entre él y el analista una relación en la que se expresan situaciones vividas con sus propios padres. Considera que el “niño no está dispuesto como lo está el adulto a reeditar sus vinculaciones amorosas porque no ha agotado la vieja edición”. Es más, “Sus primitivos objetos amorosos, los padres, están presentes en la realidad y no sólo en la fantasía, como en el neurótico adulto”. El analista aparece como un nuevo personaje que reparte con los padres el “amor o el odio del niño”. El niño despliega sus reacciones anormales en su ambiente familiar, con sus padres. (Freud, 1927/1990, pp. 57-58). En esta cuestión del reparto de los sentimientos del niño entre los padres y el analista, ¿Quedará el analista en un lugar similar al de los padres del niño, encargándose de reeducar al niño para encausarlo en su desarrollo?

De lo anterior se desprende que Anna Freud considere como parte fundamental de su técnica, dirigirse hacia “el punto en el que se desarrollan las reacciones neuróticas: hacia el hogar del niño”. ¿Para qué se dirige a este espacio? Para encontrar información sobre el niño y sobre las personas de su ambiente y para poder hacer una reconstrucción de la historia de enfermedad del niño. (Freud, 1927/1990, pp. 34-60). En fin, explica acerca del trabajo con los padres que, “Aceptando que esta relación sea ideal, compartimos nuestra labor con los verdaderos educadores del niño”. (Freud, 1927/1990, p. 60).

Aparecen los padres del niño como pertenecientes al espacio dónde se despliega la neurosis del niño y como proveedores de información. En resumen, podemos decir que los padres para Freud son un “ambiente” de enfermedad y de educación. Visualizamos que queda por fuera de lo que Freud considera de los padres, lo concerniente al deseo de los mismos y a la demanda que puedan tener en cuanto al análisis de su hijo.

Por otro lado, en lo que refiere a la interpretación de los sueños, Anna Freud (1927/1990) entiende que “es un terreno en el cual nada nuevo tenemos que aprender al pasar del análisis del adulto al del niño.” (p. 34). Y añade que también es importante en el análisis del niño, la interpretación de los “ensueños diurnos”. Los niños narran según ella con mayor facilidad sus “fantasías diurnas” que los adultos y se avergüenzan menos de ellas que estos últimos. (Freud, 1927/1990, p. 37).

El dibujo es para Freud otro de los recursos que forman parte de su técnica, además de la utilización de los sueños y las fantasías, este le permite deducir los “impulsos inconscientes” de los niños. (Freud, 1927/1990, pp. 40-41).

Por otro lado, esta autora sostiene que el superyó del niño no es completamente independiente como en el adulto ya que se ajusta a las exigencias de las personas de su mundo exterior. (Freud, 1927/1990, p. 96). Anna Freud entiende que el trabajo a realizar en el superyó es doble: si ya tiene cierta independencia, se realiza la “desintegración histórica desde el interior”, pero, de todas maneras, se realiza un trabajo pedagógico influyendo desde el exterior, modificando la relación con los padres y otros educadores del niño, creando nuevas “impresiones” y revisando “las exigencias” que le impone el mundo exterior. (Freud, 1927/1990, pp. 81-82).

En el capítulo *Sobre la teoría del análisis del niño* del libro *Psicoanálisis del niño*, Anna Freud plantea que, a modo de adaptación del analista de niños a la condición de sus pacientes, este debería agregar a su actitud analítica, la pedagógica. (Freud, 1927/1990, p. 88). Así, el analista reuniría en su persona “dos misiones” difíciles y opuestas: la de analizar y educar a la vez, es decir, permitir y prohibir, librar y “volver a coartar” simultáneamente. (Freud, 1927/1990, pp. 80-81). Explica que el analista debe convertirse, durante el análisis, en “el ideal del yo del niño”, y que debe iniciar el análisis luego de que esté en una posición de poderío respecto al niño, debe “cerciorarse de que podrá dominar completamente al niño”. (Freud, 1927/1990, p. 75).

Pensamos que esta propuesta de que el analista innove y adopte, una actitud pedagógica, es un intento de Anna Freud a favor del psicoanálisis de niños como subespecialidad separada de los ideales del análisis de adultos. Entendemos que propone algo que difiere en gran medida del psicoanálisis tradicional, sustentado en que la condición del niño como paciente lo requiere. Anna Freud agrega en lo que refiere a la pedagogía, “Creo que no hay motivo para asustarse de esta palabra, considerando de antemano tal amalgama de actitudes como algo denigrante para el análisis”. (Freud, 1927/1990, p. 88).

A su vez, resulta interesante destacar que Anna Freud se cuestiona “si los procesos del análisis infantil siempre coinciden teóricamente con los del análisis del adulto, y si ambos persiguen idénticos fines y propósitos”. (Freud, 1927/1990, p. 88). ¿Qué sucede con esta duda en su obra?

Se podría decir que, si bien por momentos en la escritura de Anna Freud, notamos que ella toma como punto de comparación y de ideal, el análisis de adultos, en otras ocasiones, vemos que inaugura una línea teórico-técnica correspondiente al psicoanálisis de niños –asume una actitud pedagógica, considera al desarrollo del niño como objetivo en el análisis y como clave a la hora de diagnosticar– que no coincide con la teoría, técnica y propósito del análisis del adulto.

Por otro lado, podríamos pensar la actitud pedagógica que asume Anna Freud en el análisis, como un rol parental. Quienes educan al niño, quienes podrían “dominar completamente al niño” (Freud, 1927/1990, p. 75) y quienes tienen “una verdadera relación de dependencia” con ellos (Freud, 1927/1990, p. 53) son los padres del mismo. ¿Por qué esta autora tiene que colocarse en

un rol parental ante el niño para analizarlo? ¿Por qué surge la necesidad de educar al niño en el análisis?

Con respecto a la primera pregunta, si partimos de que su actitud corresponde a sus teorías psicoanalíticas, decimos que al tomar como objeto de la subespecialidad a la que se dedica, al niño y entenderlo como un “ser humano inmaduro” en un “estado de desarrollo incompleto” (Freud, 1985, p.153), con un yo inmaduro y con un superyó permeable a las influencias de los educadores, es decir, dependiente, y con una “incapacidad para manejar sin ayuda las presiones del ello”, y al plantear como objetivo del análisis colaborar con el “logro de un desarrollo progresivo” del niño, resulta conveniente para ella –además de tener una actitud analítica– sostener una actitud pedagógica y colocarse en un lugar de autoridad parental hacia el niño, generando una relación de dependencia con el mismo para poder auxiliarlo de manera educativa –siendo su ideal del yo– para que prosiga su desarrollo, sin “inhibiciones o detenciones”, el cual culminaría en la adultez, en la madurez e independencia. (Freud, 1985, p.13).

Entendemos que la manera de hacer que el niño avance en su desarrollo, que sea lo que todavía no es, al decir de Anna Freud, que sea “maduro”, “independiente” (Freud, 1927/1990, p. 12) y que tenga las “aptitudes” (Freud, 1927/1990, p. 14) y capacidades que todavía no tiene, es mediante la educación, son los padres y educadores de las instituciones de enseñanza, los que cumplen esa tarea. Queda entonces la pregunta, ¿Cómo repercute el hecho de que ella asuma un rol parental, en la posibilidad de pensar sobre el deseo de los padres, y sobre su demanda?

Por último, Anna Freud (1927/1990) escribe acerca del análisis de niños que,

“La familia provee de buen grado todas las informaciones necesarias; el niño mismo demuestra ser un diligente interpretador de sueños, trae un rico caudal de fantasías diurnas y suministra, además, series enteras de interesantes dibujos que permiten deducir sus impulsos inconscientes.” (p. 41).

Nótese, cómo aparece el niño, objeto del análisis según Anna Freud, circunscripto a sus “impulsos inconscientes”, “fantasías diurnas” y “sueños”; destacando las producciones imaginarias de este ser.

Melanie Klein; el niño, la técnica del juego y el psicoanálisis

Melanie Reizes Klein nació en Viena el 30 de marzo de 1882. Era la más pequeña de cuatro niños de una familia judía. Tuvo tres hijos con su esposo Arthur Klein: Melitta Schimberg, Hans Klein y Erich Klein. (Lander, 1979/2009, p. 15).

Según Madeleine Baranger (1961/1962), la obra de Melanie Klein además de ser una invención, constituye un desarrollo y enriquecimiento del pensamiento freudiano,

El verdadero continuador no es el que repite, sino el que inventa en la misma línea, es decir, el que puede integrar todos los conocimientos concretos ya adquiridos en una estructura más comprensiva, y amplía el campo de lo conocido y de lo conocible. Así es Melanie Klein: un inventor. (p. 14).

Según Melanie Klein “los hallazgos del psicoanálisis han conducido a la creación de una nueva psicología del niño. Han enseñado que los niños, no sólo experimentan impulsos sexuales y ansiedad, sino que sufren también grandes desilusiones.” Por lo que “ha desaparecido la creencia en el “paraíso de la infancia”, y la creencia en la asexualidad del niño”. (Klein, 1932/2012, p. 23). Resulta interesante considerar que en lo que plantea Klein, parece darse a entender que los hallazgos del psicoanálisis del siglo XX, en cuanto a la sexualidad infantil, traspasaron el ámbito científico-psicoanalítico para instituirse en la sociedad o, mejor dicho, en el “imaginario social”, desplazando, al decir de Klein, creencias anteriores. Instituyendo un cambio en las “significaciones imaginarias”² ligadas al niño y a la infancia. (Castoriadis, 1997, p. 9).

En concordancia con esta permeabilidad o receptividad del psicoanálisis en la sociedad, se puede pensar que Klein estipula ciertas recomendaciones para la crianza de los niños, basadas en los resultados del psicoanálisis. Ella sostiene, en *El desarrollo de un niño* “que los resultados de la experiencia psicoanalítica marcan el camino a seguir: los niños deben ser protegidos de cualquier represión demasiado fuerte, para evitar enfermedades o el desarrollo desfavorable del carácter”. (Klein, 1921/1990, p. 15). Sobre este punto, afirma que,

Dejaremos al niño adquirir tanta información sexual como exija el desarrollo de su deseo de saber, despojando así a la sexualidad de una vez de su misterio y de gran parte de su peligro. Esto asegurará que los deseos, pensamientos y sentimientos no sean en parte reprimidos y en parte, en la medida en que falla la represión, tolerados bajo una carga de falsa vergüenza y sufrimiento nervioso, como nos pasó a nosotros. Además, al impedir esta represión, esta carga de sufrimiento superfluo, estamos sentando las bases para la salud, el equilibrio mental y el desarrollo positivo del carácter. Sin embargo, este resultado incalculablemente valioso no es la única ventaja que podemos esperar para el individuo y para la evolución de la humanidad, de una crianza fundada en una franqueza sin límites. Tiene otra consecuencia no menos importante: una influencia decisiva sobre el desarrollo de la capacidad intelectual. (Klein, 1921/1990, p. 16).

Nótese que cuando se refiere a que, con esta medida, se evitará una “carga de falsa vergüenza y sufrimiento nervioso”, afirma lo que puede pensarse como una autorreferencia hacia su propia experiencia como niña: “como nos pasó a nosotros”. Surge la pregunta, ¿Desde qué lugar propone estas medidas pedagógicas?

² “Las significaciones imaginarias sociales crean un mundo propio para la sociedad considerada, son en realidad ese mundo: conforman la psique de los individuos. Crean así una “representación” del mundo [...]”. (Castoriadis, 1997, p. 9).

Cabe resaltar, las reiteradas referencias al “desarrollo” ya sea en cuanto al “deseo de saber del niño”, a la cualidad positiva “del carácter”, y a la “capacidad intelectual”. La palabra desarrollo, alude según el Diccionario etimológico (2018) a “des-envolver”, “des-enrollar”, por lo que podría pensarse en una referencia a un cierto origen como algo que ya se encuentra allí aglutinado, y que alguien tiene que ejecutar la acción de desenvolverlo. El “deseo de saber”, la “capacidad intelectual”, “el carácter”, una parte de estos últimos, ya se encontraría en el niño, y tendría que ser “des-envuelto” por una crianza basada “en una franqueza sin límites”.

Según Klein, esta recomendación fue confirmada en el análisis de su paciente llamado Fritz. Con respecto a este niño, afirma que es “hijo de conocidos que viven cerca de mi casa. Esto me dio oportunidad de estar a menudo en compañía del niño, sin ninguna restricción. Además, como la madre sigue todas mis recomendaciones, puedo ejercer amplia influencia en su crianza”. (Klein, 1921/1990, p. 16).

Es importante destacar que, según el Melanie Klein Trust (2018), Fritz es el nombre ficticio que Klein le da a Erich, uno de sus hijos. Por lo que, resulta interesante considerar la ficción que Klein crea sobre el caso de su hijo, dando a entender que era hijo de vecinos, desconociendo en la escritura, su lugar de madre para referirse al niño como analista.

Se puede tomar como insumo para ilustrar esta ficción del caso Fritz, el siguiente párrafo de la *Conversación sobre la existencia de Dios*, que Klein (1921/1990) relata en *El desarrollo de un niño*,

La madre es atea, pero al criar a los mayores no había puesto en práctica sus convicciones. [...] el Dios que su ambiente (escuela, etc.) les presentaba ya hecho, nunca fue negado por la madre; de modo que [...] estaba implícitamente presente para los niños y ocupaba un lugar entre las concepciones fundamentales de su mente [...] "Mamá, papá dice que hay realmente un Dios. ¿Existe Dios realmente?" Ella, lógicamente, se turbó bastante y contestó: "Yo nunca lo vi y tampoco creo que Dios exista!" En este trance el marido vino en su ayuda y salvó la situación diciendo: "Mira, Fritz, nadie ha visto nunca a Dios y algunos creen que Dios existe y otros creen que no existe. Yo creo que existe, pero tu madre cree que no existe." [...] "Dime, mamá, si Dios existe, ¿vive en el cielo?" Ella repitió que sólo había aire y nubes en el cielo, a lo que él repitió con alegría y muy decidido: "Yo también creo que no hay Dios." Inmediatamente después dijo: "Pero los coches eléctricos son reales, y también hay trenes [...]". (p. 21).

Sabemos que Klein es la madre en la realidad, del niño de la ficción, si pensamos en esta ficción-realidad, en este movimiento de cubrir con un velo y develar, de tapar su lugar de madre y destapar ciertas situaciones de la dinámica madre-hijo, ¿qué sucede, cuando una madre analiza a su hijo, con su función materna y con la transferencia y contratransferencia que se pone en juego?

Melanie Klein se opone a la actitud pedagógica que asume Anna Freud en el análisis de niños y a la instalación de una transferencia positiva para trabajar con el niño. Sostiene que en el análisis se produce una neurosis de transferencia y que,

Anna Freud considera que al analizar niños el analista no es, como cuando el paciente es un adulto, "impersonal, indefinido, una página en blanco sobre la cual el paciente puede inscribir sus fantasías", que evita imponer prohibiciones y permitir gratificaciones. [...] Pero de acuerdo con mi experiencia es exactamente, así como debe comportarse un analista de niños, [...] yo no permito a los pacientes infantiles ninguna gratificación personal, ya sea en forma de regalos o caricias, o de encuentros personales fuera del análisis, etcétera. En resumen, mantengo en todas las reglas aprobadas en análisis de adultos. Sabemos que uno de los principales factores en el trabajo analítico es el manejo de la transferencia, estricta y objetivamente [...]. (Klein, 1927/1990, pp. 160-161).

Es interesante pensar en cómo este requisito de objetividad en el análisis de niños, que consiste en mantener una actitud analítica "impersonal" como "una página en blanco" y en el "manejo" estricto y objetivo "de la transferencia", se deja de lado en Anna Freud y se sostiene en este texto de Melanie Klein. Nótese que se hace una excepción a la regla cuando Sigmund Freud –quien propone por primera vez estos ideales de objetividad en el psicoanálisis– analiza a su hija Anna Freud, y cuando Melanie Klein analiza a su hijo Erich.

Podemos pensar que estas excepciones se relacionan con un ideal que aparece en la obra freudiana, en relación a que el padre del niño sea su analista. En el texto del caso Hans, Freud (1909/1992) escribe "Creo que ninguna otra persona habría conseguido del niño tales confesiones; imposible de sustituir el conocimiento de causa en virtud del cual el padre supo interpretar las exteriorizaciones de su hijo de 5 años." (p. 7).

Nótese que cuando Sigmund Freud resalta el trabajo analítico del padre de Hans, diciendo que se vio favorecido por un "conocimiento de causa" y que ningún otro hubiera logrado lo que él logró, estaría haciendo alusión a que, de alguna manera, es un insumo ser el padre del niño para analizarlo, porque se tiene una suerte de plus de conocimiento de este último. Aparece entonces, una creencia, si se quiere, de que ningún analista puede conocer mejor a su paciente-niño, que el analista que es su padre, ¿quién mejor que el padre –o la madre en el caso de Klein– para analizarlo?

Los padres y su hijo se encuentran en un vínculo del cual depende el proceso de subjetivación del niño, siguiendo a Ricardo Rodolfo (1996), si amar es ocupar espacio, el niño cuando viene al mundo tiene que ocupar un espacio o lugar en el deseo del Otro para poder vivir. El medio para esta operación, es una "una composición de significantes." (p. 43).

Pero ¿qué pasa con este deseo del padre o la madre como Otro, cuando es él o ella quien analiza a su hijo? Resulta importante destacar que parece que no quedara lugar para pensar en

este deseo ni en la demanda de los padres cuando son ellos los que asumen la posición de analistas.

Melanie Klein escribe, con respecto al trabajo con los padres que,

Indudablemente es deseable y provechoso que los padres nos asistan tanto durante como después del análisis. Debo decir, sin embargo, que estos ejemplos tan gratificadores son decididamente los menos: representan el caso ideal, y no podemos basar nuestro método sobre él. [...] Sin embargo, según mi experiencia, todo el que analice niños tiene que contar con una cierta hostilidad y celos por parte de niñeras, institutrices, e incluso la madre, y debe tratar de realizar el análisis a pesar y en contra de estos sentimientos. A primera vista esto parece imposible y representa por cierto una dificultad especial y muy considerable en el análisis del niño. No obstante, en la mayoría de los casos no la he encontrado insuperable. (Klein, 1927/1990, p. 174).

Nótese que Klein en este texto comenta que la asistencia de los padres en el análisis del niño no es parte de su técnica. Aunque, asume que es habitual encontrarse con sentimientos negativos por parte de los padres y que hay que analizar al niño “a pesar y en contra de” éstos últimos. Resulta interesante esta última cuestión que Klein visualiza como “dificultad especial”, si entendemos la palabra especial como referida a algo que se encuentra “por encima de lo normal o habitual”, podemos decir que esta consideración de los sentimientos de los padres del niño como una dificultad de este tipo, tiene que ver con que la dificultad propiamente dicha, se presenta cuando se trabaja con niños, no con adultos como era lo habitual en psicoanálisis. Por otro lado, la mención que hace esta autora de analizar al niño en contraposición a los sentimientos de los padres, podemos decir que afirma una postura en el análisis de niños que corresponde a no tener en cuenta en la técnica, la demanda de los padres, ni el deseo de los mismos, y a considerarlos como un obstáculo del análisis a superar.

Por otro lado, Klein (1921/1990) escribe con respecto al caso Fritz,

Quisiera señalar aquí que las preguntas planteadas por el pequeño (que en general dirigía a su madre o a mi) eran siempre contestadas con la verdad absoluta, y cuando era necesario, con una explicación científica adaptada a su entendimiento, pero tan breve como fuera posible. (p. 17).

Nótese en primer lugar, que Klein contestaba a Fritz sus preguntas “siempre con la verdad absoluta” y “cuando era necesario, con una explicación científica”. Ahora, ¿Qué es la verdad absoluta? ¿Quién la enuncia?

La palabra verdad del griego *a-letheia*, puede entenderse como desocultación y desvelamiento (Flórez, 2005, p. 113). La palabra absoluto según la RAE (2014) tiene varias acepciones, entre ellas: “Independiente, ilimitado, que excluye cualquier relación”, “Entero, total,

completo”, “Dicho de un rey o de un gobernante: Que ejerce el poder sin ninguna limitación”, “Que existe por sí mismo, incondicionado”, “Aserción universal dicha en tono de seguridad y magisterio”. A su vez, según el Diccionario Etimológico Español (2018), proviene del latín *absolutus*, del prefijo *ab* que significa “privación, separación” y *solutus* que significa “suelto”, es decir, “sin estar suelto”, “algo entero”. Entonces, la verdad absoluta podría corresponder a algo que se devela y que tiene el carácter de ser “universal”, incondicional, “completo”, e “independiente”.

Así como un “rey” o “gobernante”, el texto de Melanie Klein sugiere un analista que tiene el poder de responder con “la verdad absoluta” a las preguntas del niño. Nótese, que ella escribe sobre esta verdad en singular, habría una única verdad de este tipo. ¿Es esta verdad, la del psicoanálisis?

Podríamos pensar que Klein consideraría en ciertos momentos, los postulados del psicoanálisis como “verdad absoluta”, al sostener en el texto *El desarrollo de un niño* que “ los resultados de la experiencia psicoanalítica marcan el camino a seguir: los niños deben ser protegidos de cualquier represión demasiado fuerte” (Klein, 1921/1990, p. 15) y al marcar a partir de esta afirmación pautas específicas de crianza como por ejemplo, “Plantearé entonces como una necesidad incondicional que el niño, desde el nacimiento, no comparta el dormitorio de sus padres, y evitaremos exigencias éticas compulsivas para la criaturita en desarrollo [...]” (Klein, 1921/1990, p. 40).

Podemos pensar esta última cita como una norma de crianza que Klein insta, concerniendo al niño, no escribe los niños, sino que se refiere al niño en general, lo que le da un carácter universal al mismo. Esta norma será cumplida por “los padres” en general, es decir que apunta a padres universales. Lo que fue develado para Melanie Klein en esta regla, es que los niños no deben dormir con los padres. Ahora vemos como esta verdad, escrita como norma “incondicional” y dirigida al niño universal y a padres universales que deben cumplirla porque tienen que respetar “los resultados de la experiencia psicoanalítica”, es escrita por Klein como si fuera una verdad absoluta, como aquella con la que siempre responde las preguntas del niño Fritz.

Resulta interesante pensar en la concepción de niño que se pone en juego en este texto de Klein; el niño universal. Si tenemos en cuenta cómo la Real Academia Española (2014) define la palabra universal, “Que comprende o es común a todos en su especie, sin excepción de ninguno”, podemos considerar que esta concepción de niño lo involucra como individuo, es decir, como “ser organizado, sea animal o vegetal, respecto de la especie a que pertenece”. Aparece entonces, el niño como ser perteneciente a una determinada especie, por ende, surge el niño dentro del orden de la biología. También podemos pensar que surge como una abstracción, cuando se abstrae se aparta un rasgo de algo para analizarlo de forma aislada o “en su pura esencia”. (RAE, 2014). En este caso, podemos decir que, al Klein hablar en este texto de las normas de crianza del niño, supone algún rasgo esencial en el mismo por el que puede universalizar al niño y a la crianza que le correspondería.

A su vez, decimos que hay algo que no se escribe en esa norma de crianza, que permanece velado bajo la afirmación “que el niño, desde el nacimiento, no comparta el dormitorio de sus padres”. (Klein, 1921/1990, p. 40). Siguiendo a Lacan, pensamos que Klein considera al Edipo como una suerte de origen que “ya está ahí” en el niño y que ella logra develar. Entonces, si el Edipo ya está ahí desde el origen, desde que el niño es bebé, esperando a ser develado, ello le permite a Klein considerar como medida preventiva que desde el nacimiento no duerma con los padres.

Sobre este punto, Lacan (1956/1957/2008) afirma,

“¿Cómo puede tomar la señora Melanie Klein a un sujeto de la edad extremadamente avanzada de dos años y medio y, cual la pitonisa en su espejo mántico, es decir adivinatorio, leer retroactivamente en su pasado nada menos que la estructura edípica? [...] Sin duda se produce ahí algún espejismo, y no se trata de seguirla cuando ella nos dice que el Edipo ya está ahí [...] Vean ese crisol de bruja, o de adivina, donde se agitan, en un mundo imaginario global que es la idea del continente del cuerpo materno, todos los fantasmas primordiales presentes desde el origen, que tienden a estructurarse en un drama aparentemente preformado. Ocurre como si, a medida que nos acercamos al origen, más presente estuviera el complejo de Edipo, articulado y presto a entrar en acción.” (pp. 67-115).

Por otro lado, Melanie Klein (1921/1990) agrega otras recomendaciones educativas como “medidas profilácticas”,

Nuestro objetivo será un desarrollo más lento que permita que sus instintos se vuelvan en parte conscientes y junto con esto, sea posible sublimarlos. Al mismo tiempo no rehusaremos la expresión de su incipiente curiosidad sexual y la satisfaremos paso a paso, incluso -en mi opinión- sin ocultarle nada. Sabremos cómo darle bastante afecto y sin embargo evitar un exceso dañino; ante todo rechazaremos el castigo corporal y las amenazas y nos aseguraremos la obediencia necesaria para la crianza retrayendo ocasionalmente el afecto. (p. 40).

La autora se pregunta, “¿pueden esas medidas profilácticas impedir la aparición de neurosis y de desarrollos perjudiciales del carácter?” (Klein, 1921/1990, p. 40). A lo que responde de manera negativa, explicando que estas medidas no son suficientes para lograr esos objetivos. Por lo que, sugiere de manera provisoria fundar jardines de infantes dirigidos por mujeres analistas, que pongan en práctica “una crianza con principios psicoanalíticos”. (Klein, 1921/1990, p. 65).

Nótese que en esta recomendación aparece nuevamente como en la medida anteriormente descrita la palabra “desarrollo”, sin embargo, en esta ocasión, surge relacionada a un “desarrollo más lento” como objetivo de la crianza de los niños y a la “criaturita”. Tal y como planteamos anteriormente, si consideramos que esta palabra alude a desenvolver y desenrollar, podemos pensar que habría algo que ya está, lo cual podría ser la “criaturita” y que alguien des-envuelve. A

su vez, la palabra criatura, alude a un ser que es creado, por lo que se acentúa, no sólo lo diacrónico, sino también lo ontológico en referencia al niño.

Por otro lado, podemos decir que se reitera en esta recomendación, una autorreferencia cuando escribe que se evitarán ciertas “exigencias éticas” para el niño más de lo que se nos evitó a nosotros” y cuando comenta sobre la “curiosidad sexual” que, “la satisfaremos paso a paso, incluso –en mi opinión– sin ocultarle nada.” Surge la pregunta ¿Desde dónde se habla en ese texto, desde el discurso del psicoanálisis, o desde el discurso moral?

Cabe destacar el interés por parte de Klein en vincular la educación con el psicoanálisis; en proponer ciertos postulados del psicoanálisis como principios o recomendaciones para la educación de los niños, con un fin preventivo. Podría decirse que no sólo Melanie Klein, sino también Anna Freud demostraron este interés.

Por otro lado, es interesante pensar la solución provisoria que ofrece Klein para prevenir la neurosis y el desarrollo desfavorable del carácter del niño. En su propuesta de crear jardines de infantes se puede deducir que queda en el patrimonio, por así decirlo, de las mujeres cuya profesión es el psicoanálisis, la promesa de una crianza de niños normales. Esta delimitación de una suerte de patrimonio de las mujeres en el análisis de niños, aparece también en los comienzos, cuando Sigmund Freud le deja como legado a su hija Anna Freud “[...] la aplicación del psicoanálisis a la pedagogía” (Freud, 1933/1991, p. 135). Si tenemos en cuenta esta tendencia, así como también el interés, por parte de las dos referentes de los comienzos del análisis de niños, Freud y Klein, en vincular la pedagogía con el psicoanálisis, adoptando en el caso de Anna Freud, una actitud pedagógica, y realizando en el caso de Klein, el análisis su hijo, podemos pensar que aparece, por lo menos en los inicios del análisis de niños, una alianza madre - analista.

Retomando el objetivo de la propuesta de Klein de prevenir las “neurosis y desarrollos perjudiciales del carácter” del niño (Klein, 1921/1990, p. 40), surge la pregunta ¿qué es el niño normal y el neurótico para la autora? En el libro *El psicoanálisis de niños*, ella define lo que entiende como niño normal y lo que entiende por niño neurótico,

Hasta cierto punto el niño normal muestra su ambivalencia y sus afectos, su sujeción y su sometimiento a los impulsos instintivos y a la fantasía y también las influencias que proceden de su superyó; esto crea algunas dificultades en el camino de su adaptación a la realidad y, por lo tanto, en su educación, y no es, desde ningún punto de vista, un niño “fácil”. Pero si su ansiedad y ambivalencia y los obstáculos que presenta para su adaptación a la realidad van más allá de ciertos límites, y las dificultades que sufre y hace sufrir a su ambiente son muy grandes, entonces debería ser considerado como neurótico. (Klein, 1932/2012, p. 117).

Klein hace una diferenciación entre dos perfiles de niño, el normal y el neurótico. Pensamos que estos no presentan diferencias cualitativas, es decir, en lo que refiere a sus características,

sino cuantitativas, al presentarse al primero como “hasta cierto punto” ambivalente, afectuoso, sometido a sus impulsos, fantasías y a su superyó, con “algunas dificultades” en su educación y “adaptación a la realidad”, mientras que, al segundo se lo presenta como con las características anteriores pero que van “más allá de ciertos límites”, siendo ya “muy grandes”.

Aparece la patología en el niño, marcada por un exceso, y un traspaso de cierto límite. Según el Diccionario Etimológico español (2018), la palabra límite viene del latín *limes*, cuyo genitivo es *limitis*, es decir, “frontera o borde”. Originalmente se refería a un “sendero” que separaba una propiedad de otra, “pasarse del límite” era entrar en “propiedad ajena”. Teniendo en cuenta que el límite y su traspaso tiene –así como tenía en siglos anteriores– una connotación moral concerniente a la transgresión de alguna norma, podría pensarse que se ponen en juego en la de-limitación de Klein con respecto al niño normal y niño neurótico, consideraciones que atañen a la moral. Cuando se refiere a que el niño normal no es “un niño fácil”, pensamos que alude a ciertas convenciones sociales de la época, la respuesta a la pregunta ¿qué es un niño fácil? remite a significaciones imaginarias sociales. Es desde la sujeción del sujeto a ciertas pautas normativas que responde esa pregunta.

Nótese que aparece de manera reiterada en su delimitación niño normal - niño neurótico la palabra “adaptación”. Podemos pensar que demarca ambos perfiles en función de cuán adaptado está el niño “a la realidad”, si traspasa o no cierta barrera; el niño no debería de estar ni por debajo de esta última, ni por encima. El neurótico queda definido por Klein como el que está por encima y el normal como el que está en o cerca del límite.

Habíamos comentado, que esta idea del traspaso de una barrera remite a la transgresión y a la moral de una época, podemos agregar en esta ocasión que “la adaptación a la realidad” también responde a una moral. La palabra adaptación refiere según el Diccionario de la Real Academia Española (2014) a la acomodación de una persona “a las condiciones de su entorno”. Esta acomodación está relacionada a la norma, a lo que para un conjunto de individuos significa que uno de ellos esté acomodado o adaptado. Klein habla de esta norma en cuanto al niño, la cual definiría su perfil; explica que el niño normal crea algunos problemas de adaptación, pero si éstos ya son “muy grandes” entonces el niño deja de ser normal y pasa a ser neurótico.

Por otro lado, Melanie Klein descubre la técnica del juego, devela el juego del niño como herramienta para el análisis, como “un modo de expresión” mediante el cual los niños representan de manera simbólica sus “fantasías, deseos y experiencias”, los cuales pueden ser analizados como se analizan los sueños de los adultos. Ella entiende que puede hacerse un paralelismo entre el juego del niño y los sueños, explica que ambos coinciden en cuanto a su “lenguaje” y “modo de expresión”, por lo que propone “comprender correctamente el juego del niño” mediante el método freudiano de análisis de los sueños, considerando los mecanismos que se ponen en juego. (Klein, 1926/1990, p. 143).

Resulta interesante la elección de la palabra “comprender”. Si el juego se comprende, es decir, según la definición de la RAE, se lo entiende, se lo alcanza y penetra, ¿quién comprende?, podríamos decir que cuando se trata de comprensión y entendimiento está involucrado el yo, quién en este caso, alcanzaría y penetraría el juego del niño.

Por otro lado, con respecto a los materiales que Klein utiliza como parte de su técnica, se encuentran juguetes de un tamaño pequeño, “papel, lápices, tijeras. cuerda. pelotas, ladrillos y sobre todo agua”. Klein (1927/1990) comenta que los mismos quedan al alcance del niño para que los use y que su propósito es acceder a “su fantasía y liberarla”. (p. 156). Según ella, el niño en una “fase” del análisis jugará con agua, utilizando vasos, barcos, y cucharas. Este juego deja entrever sus “fijaciones pregenitales” y es un medio para que el niño muestre sus “teorías sexuales”. Y la niña en particular, por momentos hace ropa y adornos sus juguetes, muñecas y animales. (Klein, 1932/2012, p. 51).

Klein (1926/1990) comenta en el texto *Principios psicológicos del análisis infantil*, con respecto a la técnica del juego que,

[...] las especiales características primitivas de los niños requieren una técnica especial adaptada a ellos, consistente en el análisis de sus juegos. Por medio de esta técnica podemos alcanzar las experiencias y fijaciones reprimidas más profundas y esto nos permite influir fundamentalmente en el desarrollo de los niños. Se trata sólo de una diferencia de técnica, no de los principios del tratamiento. Los criterios del método psicoanalítico propuestos por Freud [...] que debemos descubrir la escena primaria, como lo exige en “De la historia de una neurosis infantil”, todos estos criterios se mantienen íntegramente en la técnica del juego. El método del juego conserva todos los principios del psicoanálisis y lleva a los mismos resultados que la técnica clásica. Sólo que en los recursos técnicos que utiliza está adaptado a la mente de los niños. (p. 147).

Nótese la referencia en el texto a “alcanzar” mediante la técnica del juego las “experiencias y fijaciones reprimidas más profundas”. Podemos decir que la cuestión de la comprensión del juego del niño, que aparecía anteriormente, se relaciona con llegar a alcanzar, atrapar lo reprimido por el niño. Podemos pensar la ejecución de esta técnica como una búsqueda en la que el analista va por una suerte de camino hasta llegar a las profundidades donde encuentra aquello que busca, es decir, la “escena primaria” y lo reprimido por el niño.

Cabe considerar que Klein supone que esta técnica no se desvía de los “principios del psicoanálisis” y que conlleva resultados idénticos, siendo una adaptación a la “mente de los niños” y una “analogía perfecta” con la técnica utilizada en el análisis de adultos. (Klein, 1927/1990, p. 158). Sin embargo, vemos como contrasta esta idea kleniana de correspondencia “perfecta” entre la técnica del niño y la del adulto, con el cuestionamiento que hace Anna Freud (1927/1990) acerca de la coincidencia entre el análisis infantil y el de adultos, en teoría y en propósitos (p. 88).

La postura kleniana de adaptar el psicoanálisis a la “mente de los niños” pero sin modificar sus principios apuesta a un mismo psicoanálisis, ya sea de niños o de adultos, manteniendo las pautas del método propuestas por Sigmund Freud.

La técnica del juego sería entonces, un camino distinto al utilizado en el análisis de adultos, para llegar a las profundidades. En las profundidades, en el inconsciente, Klein afirma –a raíz de su experiencia en el trabajo analítico con adultos y niños– que los niños no serían “fundamentalmente distintos de los adultos”. La única diferencia según la autora radicaría en que el yo de los niños no ha logrado un pleno desarrollo, por lo que ellos estarían más “gobernados por el inconsciente”. Siendo éste el “punto central” del trabajo analítico al que “debemos aproximarnos para aprender a conocer a los niños como realmente son, y a analizarlos”. (Klein, 1927/1990, p. 152).

Klein afirma que a lo que apunta el análisis, así sea de adultos o de niños, es al inconsciente, así que este queda demarcado como objeto del psicoanálisis. Si el psicoanálisis tiene un mismo objeto no hay necesidad de considerar como hace Anna Freud, por un lado, la subespecialidad del análisis de niño con su objeto, y por otro la del adulto. A su vez, ella explica que acercándose a las profundidades se conocería al niño como realmente es, ¿la verdad del niño estaría entonces en ese lugar?

En adición, Klein (1927/1990) argumenta, a raíz de su “convicción” de que los niños están más gobernados por el inconsciente que los adultos, que se puede realizar “un contacto más rápido y seguro con el inconsciente de los niños si [...] acortamos la ruta que toma el análisis de adultos por el camino del contacto con el yo y nos conectamos directamente con el inconsciente del niño”. (p. 156). Klein afirma (1932/2012) que en este sentido el enfoque en el análisis de los niños, es un tanto diferente al del análisis de adultos, lo cual podríamos considerar una especificidad de esta disciplina. (pp. 31-32).

Ahora, ¿por qué es necesaria para Klein esta técnica?

Esta autora se refiere a la necesidad de “una técnica especial adaptada” a la “mente de los niños”, diciendo que esta radica en “las especiales características primitivas de los niños”. Podemos ver como se repite la palabra especial, referida a la técnica del juego y a las características de los niños. Según la RAE (2014) esta palabra significa, “Que está por encima de lo normal o habitual por significativo o estimado” y que es “singular o particular, que se diferencia de lo común o general”. Podemos decir entonces, que el uso de la palabra especial en esta ocasión, puede relacionarse, en primera instancia con colocar al niño en un lugar diferente al normal, es decir, diferente al lugar del adulto –Klein compara el análisis de niños con el de adultos, tomando a este último como referencia–. En segundo lugar, se puede relacionar con la cuestión del acercamiento hacia el niño, si tenemos en cuenta que en el texto *Simposium sobre análisis infantil* Klein (1927/1990) hace referencia a conocer al niño, a “darnos cuenta” de “cuál es la verdadera naturaleza del niño” (p. 151) y “a conocer a los niños cómo realmente son” (p. 152). Podemos pensar que aparece un énfasis en el desconocimiento que se tiene hacia el niño y en la necesidad

de aproximarse a este último. Esta cuestión de buscar en las profundidades “la verdadera naturaleza del niño” se relaciona con lo que mencionamos anteriormente en relación al Edipo, Klein supone que “la escena primaria” y lo reprimido por el niño ya están allí, entonces es con esa suposición que pretende encontrar lo verdadero de la naturaleza, del ser podríamos decir, si entendemos a la naturaleza, siguiendo a la definición de la RAE (2014), como lo relativo a la “esencia y propiedad característica de cada ser”. Por lo tanto, aparece nuevamente una concepción de niño referida al ser, y si tenemos en cuenta que la palabra esencia remite a lo “permanente” que “constituye la naturaleza” de algo, también podemos pensar en un interés por parte de Klein, en poder conocer lo “permanente” del niño, aquello que ya está y que lo caracteriza. (RAE, 2014).

Por otro lado, Klein (1927/1990) se refiere en *Simposium sobre análisis infantil* al superyó del niño, dejando entrever que ésta “facultad” sería “resistente, inalterable en su núcleo” y “esencialmente” similar al de los adultos. (p. 164). Lo define como “la facultad que resulta de la evolución edípica a través de la introyección de los objetos edípicos, y que, con la declinación del complejo de Edipo, asume una forma duradera e inalterable.” (Klein, 1927/1990, p. 165). Podría pensarse entonces que, para esta autora, el superyó sería también parte de lo esencial, de la naturaleza del niño.

Klein (1932/2012) comenta que el análisis del niño “ayuda mucho a fortificar el yo hasta ahora débil del niño y ayuda a su desarrollo, aliviando el peso excesivo de su superyó, que presiona sobre él más severamente que sobre el yo del adulto.” (p. 32).

Y agrega que, en el análisis del juego, como se tiene en cuenta la transferencia que se produce, se pueden establecer “sus conexiones con la situación originariamente experimentada o fantaseada” y se les da la oportunidad de “liberar y elaborar” esta “situación originaria en la fantasía”. Aparece entonces, como propósito del uso de esta técnica elaborar la fantasía del niño para resolver “fijaciones” y corregir “errores de desarrollo que habían alterado toda su línea evolutiva.” (Klein, 1932/2012, p. 37).

Podemos pensar que los resultados del análisis de niños neuróticos para Klein, consisten en cambios en la “mente” del niño, un yo más fuerte, un superyó menos fuerte, y un inconsciente “liberado”. Aunque, también enfatiza que se resuelven “errores de desarrollo” y, por ende, su “línea evolutiva”. Por lo que, aparece también como resultado del análisis un cierto encauzamiento hacia un desarrollo que parece prefijado de antemano, habría un camino correcto a seguir por los niños normales. Podemos pensar que surge nuevamente –así como surgía en la demarcación del niño normal y el niño neurótico– la cuestión de adaptación y de la moral.

Por otro lado, la palabra evolución a la que se hace referencia, alude a las “transformaciones continuas” que experimenta la “naturaleza y los seres que la componen”. (RAE, 2014). Podemos pensar que, aparece el niño como ser que pertenece a una especie y a la naturaleza y que sigue un orden biológico natural de evolución. Se enfatiza entonces, la dimensión diacrónica.

Klein (1932/2012) comenta al respecto, en el libro *El psicoanálisis de niños* que,

Para que el desarrollo del niño sea satisfactorio, la severidad de su superyó debe ser mitigada. Por mucho que se diferencien los standards propios de cada edad, el logro de ellos dependerá, en cada caso, de la misma condición fundamental, es decir, de un ajuste entre el superyó, el ello y el consecuente establecimiento de un yo adecuadamente fuerte. El análisis al ayudar a efectuar un ajuste de esta naturaleza, acompaña y auxilia la línea natural de crecimiento del niño en todos los estadios de su desarrollo. (pp. 286-287).

Pensamos que, hablar de “standards” para cada “edad” del niño, es fijar un parámetro de normalidad esperable en el desarrollo del mismo, haciendo énfasis en la dimensión diacrónica. Esta cuestión del “ajuste” de la estructura de la mente del niño, como si se tratará de regular al “yo”, “ello” y “superyó” hasta conseguir que estén en su nivel adecuado, sigue según Klein, “la línea natural de crecimiento del niño”, ¿el desarrollo psíquico del niño, del que habla esta autora, es natural? Resulta, diferente a esta postura, hablar del sujeto y de cómo se subjetiva gracias al lugar que va teniendo en la estructura padre-madre-hijo. De esta manera se focaliza otro plano que no es el biológico-evolutivo en el que el niño crece naturalmente, sino el del lenguaje y la lógica. Más adelante, se tratará este punto en uno de los textos de Françoise Dolto.

Françoise Dolto y Alba Flesler, consideraciones acerca del niño como sujeto

La psicoanalista y pediatra francesa Françoise Dolto, nacida en 1908 en París, escribe en el prefacio del libro de Mannoni *La primera entrevista con el psicoanalista* (1965/2003), sobre la “especificidad del psicoanálisis”, reivindicando que la clave del mismo “es y sigue siendo”, como fue propuesto por Freud, develar “fuerzas emocionales” inconscientes que se encuentran “en conflicto”, las cuales han de ser dirigidas por el paciente. No se trataría de que el analista influyera en el paciente desde una suerte de “sugestión” para encausarlo a que se “comporte bien”. Ni de aportar “algo nuevo” al paciente. (p. 11).

La “especificidad” del psicoanálisis dice Dolto (1965/2003), radica en su “escucha”. (p. 12). ¿Por qué sería la escucha lo que distingue al psicoanálisis de otras prácticas, como la médica o la pedagógica, entre otras?

Dolto (1965/2003) afirma que esta forma de escuchar del psicoanalista, sin hacer juicios, sin dar o negar la razón, “encierra un llamado a la verdad” del sujeto. En contraposición a otras disciplinas como la medicina y la pedagogía, que atacan al síntoma manifiesto con “medidas terapéuticas o correctoras educativas”. (pp. 12-13). Podemos agregar que, en esas disciplinas, en el intento de aliviar o eliminar los síntomas, el médico o pedagogo sabe cuál es el problema, deficiencia o enfermedad de la persona y sabe también cómo restaurar en ella la salud, mediante

determinado método que él imparte. Por ende, hay un tipo de verdad, como una suerte de saber absoluto que está en la persona del médico o pedagogo y que, en esa relación dual, no es nunca la verdad del sujeto, es siempre del profesional que se dispone a ayudarlo. Se ubica el profesional en un lugar de saber.

El analista, no responde inmediatamente al pedido que se le hace de que elimine el “síntoma” y disminuya la “angustia” –como lo hacen los profesionales mencionados anteriormente– y habilita a que se reemplace este pedido por “el problema personal y específico del deseo” del sujeto. (Dolto, 1965/2003, p. 14). Se trata entonces, de una verdad del deseo del sujeto. Dolto comenta que el psicoanálisis es un “método de búsqueda de verdad individual más allá de los acontecimientos”, es decir que, el objetivo de este método sería que el sujeto encuentre su verdad, verdad que el analista no sabe a priori y no puede entregar, “verdad individual”, que no es absoluta ni universal, sino singular.

Este es un punto importante, en el que diverge lo escrito por Dolto con lo que Melanie Klein (1921/1990) afirma sobre contestar a su paciente con “la verdad absoluta”. (p. 17). En el texto de Klein, aparece la analista portadora de una verdad, que devuelve al niño como respuesta, y podemos agregar, como interpretaciones, las cuales deben ser comprendidas por el niño. Sin embargo, Dolto alude a que, mediante la escucha, y el silencio podríamos pensar (el analista no impondría sus verdades), se pueda permitir al sujeto buscar y encontrar su propia verdad.

Retomando lo que decíamos sobre el texto de Dolto, en cuanto a la verdad del sujeto, cabe destacar que introduce el orden del deseo del sujeto. Esta dimensión no aparecía en las obras de Anna Freud y de Melanie Klein.

Dolto (1965/2003) afirma acerca del niño que, aquel que está perturbado, en sus síntomas,

[...] encarna y hace presentes las consecuencias de un conflicto viviente, familiar o conyugal, camuflado y aceptado por sus padres. [...] El niño es quien soporta inconscientemente el peso de las tensiones e interferencias de la dinámica emocional sexual inconsciente de sus padres, cuyo efecto de contaminación mórbida es tanto más intenso cuanto mayor es el silencio y el secreto que se guardan sobre ellas. (p. 15).

Nótese en primer lugar, que aparece la palabra perturbado para referirse a niños que presentan síntomas y no surge la palabra neurótico, como aparecía en uno de los textos trabajados de Melanie Klein. El término perturbado remite a un cierto orden que es trastornado y a una persona que tiene “alteradas sus facultades mentales”. (RAE, 2014). Es interesante notar que esta palabra implica que alguien realice una acción para que haya un efecto de perturbación, de variación. Françoise Dolto dice que este niño perturbado “encarna” las “consecuencias”, los efectos podríamos decir, de un “conflicto viviente, familiar o conyugal”. Este último ocasiona el efecto de perturbación en el niño, pero ¿quién lo ocasiona?, la familia o la pareja, según Dolto. Entonces, los

síntomas son del niño, pero responden a conflictos de un otro, más que de un otro, de una relación, de un vínculo.

Ahora, ¿qué es un niño para Dolto? Aparece en el texto anterior, el niño como soporte y sostén de un peso ajeno, peso de la dinámica sexual inconsciente de los padres. Si recordamos las concepciones de niños que surgían en los textos de Anna Freud y Melanie Klein, notamos una gran diferencia. Cuando Klein y Freud hablaban del niño, no lo mencionaban como perteneciente a un lugar de una estructura familiar, cuyos conflictos determinan su salud y enfermedad, sino que aparecía como ser en desarrollo dependiente de un ámbito familiar.

A su vez, esta autora afirma que el niño y el adolescente son “portavoces de sus padres”. El niño denuncia en sus síntomas lo que está silenciado y se tiene como secreto en la “dinámica” “inconsciente de sus padres”. (Dolto, 1965/2003, p. 15). De alguna manera, el foco del problema está puesto fuera de la persona del niño. Este es otro punto, en el que Françoise Dolto, se diferencia de Melanie Klein, esta última pone el foco en el niño y no aparecen en sus obras, los padres como principales determinantes de los síntomas del niño. Es más, aparece el niño neurótico como el que ocasiona demasiados problemas al medio, a los padres, haciéndolos sufrir. (Klein ,1932/2012, p. 117).

En cuanto a este foco del problema en el mundo exterior del niño, Dolto (1965/2003) afirma que,

[...] los trastornos muy graves del desarrollo psicomotor mental o de la salud [...] de los niños muy pequeños son la consecuencia de estas relaciones perturbadas en el mundo exterior en un momento en el que el mundo del niño está reducido aún al mundo del adulto que lo alimenta. (p. 16).

Visualizamos un énfasis en el mundo exterior como generador de la patología del niño, a diferencia del análisis kleniano en el que se enfatiza el mundo interno del niño.

En concordancia con lo dicho anteriormente, es que Dolto entiende que los trastornos de los niños son mayoritariamente “de reacción” frente al “ambiente”.

Dolto (1965/2003) se pregunta,

¿Cuáles son entonces las condiciones necesarias y suficientes que deben estar presentes en el medio de un niño para que los conflictos inherentes al desarrollo de todo ser humano puedan resolverse en forma sana, es decir creadora, para que surja una persona activa y responsable en el momento decisivo del Edipo y de su resolución [...], para que la angustia de castración [...] conduzca al abandono de las fantasías arcaicas o perversas intrafamiliares y permita que el sujeto se exprese en la vida [...] cultural simbólica, aceptando sus leyes? (p. 19).

Cabe destacar, en primer lugar, cómo aparece significado lo sano de una persona. La autora se refiere a lo creativo, a resolver conflictos de una manera creativa, y al surgimiento de una “persona activa y responsable”, así como también, a que el “sujeto” acepte las leyes simbólicas, culturales. Podemos pensar que lo creativo y lo activo de una persona sana podría relacionarse con lo que escribe Dolto referido a desprenderse de ciertas fantasías “arcaicas” familiares y adoptar fantasías nuevas que no correspondan ya, a fantasías edípicas, y lo responsable podría vincularse con esta cuestión de que el sujeto que se erija luego de la resolución del Edipo, acepte la “ley de prohibición del incesto” y renuncie al “deseo de contacto corporal” con el “progenitor” del otro sexo y a la “rivalidad sexual con el del mismo sexo”. (Dolto, 1965/2003, p. 27).

Esta autora argumenta, en referencia a la aceptación y renuncia que conlleva la resolución del Edipo que, si el niño no apropia esta ley “las emociones y los actos de este sujeto están condenados a la confusión y su persona al desorden y fracaso.” (Dolto, 1965/2003, p. 26).

Surge la resolución del Edipo en este texto como una suerte de sentencia; puede sentenciar, si se resuelve de la manera estipulada por Dolto –aceptación de la ley y renuncia de deseos incestuosos– el paso del niño a una nueva posición subjetiva, en la que asume su sexo, o puede sentenciar el paso del niño a la “confusión” emocional y en sus actos, y al “desorden y fracaso”.

Esta autora escribe que, si “la pareja de los padres” es “equilibrada”, es decir, que se conforma por dos personas sanas en lo psicológico y en lo sexual, “todo acontece en forma ordenada en lo que se refiere a los instintos del niño.” (Dolto, 1965/2003, p. 27). Nótese que anteriormente surgía la patología del niño como perturbación, es decir, referida a la pérdida de un cierto orden, y en este pasaje aparece la patología como “desorden” y confusión” y en contraposición, la salud del niño relacionada al “orden” de sus impulsos.

En segundo lugar, Dolto (1965/2003) plantea que para que luego del Edipo surja un niño sano “la única condición” “necesaria” es que, el niño no sea tomado por los padres como un “sustituto” de “una significación aberrante”, que no sea compatible “con la dignidad humana o con su origen genético.” (p. 19). Podemos pensar que lo central de esta condición es, que significa el niño para los padres. Si significa o representa algo “aberrante”, o significa por ejemplo su majestad el bebé, al decir de Sigmund Freud. (Freud, 1914/1992, pp. 87-88). Esta cuestión de qué significa un niño para sus padres, nos hace pensar también, en el lugar o, mejor dicho, en la posición subjetiva que asume, en concordancia con esta significación.

Fue Jacques Lacan (1983) quien puntualizó en *Dos notas sobre un niño* esta condición y su consecuencia, afirmando que “el síntoma del niño” responde a “lo sintomático” de la “estructura familiar” (p.55). Agrega que este síntoma “puede representar la verdad de la pareja familiar” o puede “realizar la presencia” del “objeto a” en el fantasma materno. (pp. 56-57).

Desde un punto de vista estructural, este autor demarca posiciones que el niño como sujeto puede asumir, en función del lugar en el que se lo coloque, por la pareja o por la madre. Nótese

que surge el niño como sujeto, por lo que se afirma la dimensión sincrónica de un sujeto que es a-temporal.

Una autora contemporánea, que despliega lo propuesto por Lacan en este texto, es Alba Flesler. Precisemos primero, que ella considera innecesario e inútil la clasificación del psicoanálisis por especialidades en función de la edad cronológica. Prefiere abocarse a precisar cuál es el objeto del psicoanálisis. Este no es ni el niño, ni el adolescente ni el adulto, es el sujeto. Sujeto que “no tiene edad”, sí tiene tiempos. Flesler escribe que “el psicoanálisis atiende al niño, pero apunta al sujeto”. (Flesler, 2007, p. 24). Esta cita resume la manera en qué está autora trabaja y como concibe al niño. Flesler atiende al niño, al “niño del Otro”, explica que el niño es la significación que los padres le otorgan. Por ello, es que considera parte de las entrevistas preliminares que tiene con los padres, averiguar qué lugar tiene el niño como objeto en la estructura de éstos últimos. A su vez, esta autora afirma que apunta al sujeto, apunta a la respuesta de este último. Esta respuesta implica que se pueda asumir una nueva posición, habiéndose resuelto la fijación o fracaso en el tiempo del sujeto. ¿De qué sujeto habla Flesler? (Flesler, 2011, p. 50).

Se refiere en sus obras, al sujeto conceptualizado por Lacan como el de la estructura R.S.I. Este sujeto de la estructura Real, Simbólica e Imaginaria, es el que Lacan escribe con el nudo borromeo, formado por tres registros, el Real, el Simbólico y el Imaginario. Los registros se presentan de manera simultánea y equivalente, además, cada uno se encuentra delimitado por los otros dos registros. Donde se entrecruzan éstos últimos, se ubica el “objeto a”, el cual, tiene una función doble, como falta es “objeto causa de deseo” y como presencia es “objeto plus de gozar”. Este objeto tiene que pasar de estar ausente a estar presente y viceversa, esta alternancia es fundamental para que los tiempos del sujeto progresen, el sujeto sólo pasa de un tiempo al otro cuando encuentra otra forma de goce, no cuando éste perdura. Los tiempos pueden realizarse o no, puede haber fracasos o fijaciones. (Flesler, 2011, pp. 27- 35).

Tengamos en cuenta que, siguiendo a Gabriela Camaly (2008),

la apuesta de Lacan consiste en poner en juego el goce como pérdida para demostrar que, de esa pérdida, hay una consecuencia lógica: se trata de la función del objeto a como plus de gozar. De entrada, Lacan distingue el goce y el plus de gozar elevando el segundo a la categoría de función. En la medida en que el objeto a no es ningún objeto, se constituye como el “nombre de la pérdida” puesta en juego, producida por el efecto de la entrada en el lenguaje, es decir, en el orden simbólico. Esa pérdida de goce, fundante, Lacan la escribe con un significante: la letra a. (p. 2)

Por otro lado, Flesler (2007) entiende que es necesario para que se puedan realizar, que los padres y el niño efectúen ciertas operaciones. (p. 53). Plantea tiempos específicos que tienen preponderancia en uno de los tres registros, en los cuales, los padres efectúan su función, la madre de anticipación y el padre de nominación. A modo de ejemplo, el primer tiempo del sujeto que

menciona es “ser o no ser el falo”, lo que el Otro propone en este tiempo, es una ilusión de completud, y de lo que se trata para el sujeto es de ser o no ser el niño que la madre espera, colmando o no sus expectativas. Como vemos, es fundamental, que la madre realice su función de anticipación, para que el niño pueda transitar este tiempo con éxito. (Flesler, 2007, p. 72).

Vemos que la salud del niño aparece en las obras de Flesler, no estando relacionada a una evolución lineal y normal del desarrollo del niño anclada en la biología, como surgía en las obras de Klein y Freud, sino estando ligada a una alternancia, a un salto presencia-ausencia y viceversa del objeto a, que facilitado por las operaciones o funciones que realizan los padres se recrea una y otra vez, haciendo avanzar al sujeto de un tiempo al otro. Y en contraposición, la patología aparece relacionada en las obras de Flesler a la detención de estos saltos o alternancias, a las fijaciones como estancamientos del goce, los cuales congelan al sujeto en cierto tiempo. Flesler comenta, siguiendo a Lacan, que la clave está en “la especificidad del acto analítico”, así trabajemos con niños, adolescentes o adultos, lo que propone el analista es cortar con el “gocce parasitario” para que el sujeto pueda encontrarse con el deseo. (Flesler, 2011, pp. 40-41).

Consideraciones finales

En este trabajo me propuse responder a la pregunta ¿qué es un niño para un psicoanalista? y cuál es su implicancia en la clínica con niños. Resulta pertinente puntualizar que la respuesta a este interrogante no se acota únicamente al discurso psicoanalítico. A lo largo de este trabajo, se visualizó que, en la escritura de los autores elegidos cuando hacen referencia al niño, surgen otros discursos, entre ellos, el discurso moral y el discurso social.

Seamos educadores, médicos, analistas, estudiantes, respondemos siempre desde nuestra subjetividad anclada a un momento histórico, económico, y socio-cultural. Cuando los psicoanalistas escriben sobre el niño, aparecen marcas en sus textos, del imaginario social de su época, ellos reproducen significaciones referidas al niño, y de esta manera el lugar social que este ocupa. Recordemos que, en las obras de Sigmund Freud, así como en las de Anna Freud y Melanie Klein, se habla del niño como un ser débil, inmaduro, dependiente, en contraposición al adulto ideal maduro e independiente. Esta concepción del niño que podemos enmarcar en el discurso social del S. XX, enfatiza la dimensión diacrónica, al tratarse de las carencias que presenta el niño en su desarrollo.

Sin embargo, el descubrimiento de la sexualidad infantil realizado por Freud, implicó no continuar la reproducción de la concepción de niño como ser inocente y puro, de su contemporaneidad, para producir otras concepciones dentro del discurso psicoanalítico como el niño perverso polimorfo, y a raíz de su teoría del narcisismo, el niño cumplidor de los sueños de los padres, “His Majesty the Baby”. (Freud, 1914/1992, pp. 87-88).

Posterior a estas teorizaciones, es que surge el psicoanálisis de niños, debiendo resolver el problema de cómo aplicar los postulados freudianos teórico-técnicos que fueron creados para adultos, en los nuevos destinatarios. Anna Freud por su parte, resolvió tomar al niño como objeto de la nueva disciplina, considerando esta última una subespecialidad. Conceptualizó al niño como “ser humano inmaduro” en proceso de desarrollo, elaborando una técnica especial que contemplara la falta de independencia y madurez de este objeto. (Freud, 1985, p. 153).

En cambio, Melanie Klein apostó a que el psicoanálisis, independientemente del grupo etario con el que trabaje, tiene un mismo objeto que es el inconsciente. El psicoanálisis de niños y el de adultos compartirían los mismos principios, teniendo el primero, algunas variaciones o especificidades. Considera al niño como “criaturita en desarrollo”, como ser de la naturaleza perteneciente a una especie y aparece también, en sus normas y medidas preventivas, el niño universal. (Klein, 1921/1990, p. 40).

Ambas analistas, en concordancia con sus concepciones de niño, mencionan en sus obras, la prevención de los problemas del desarrollo, intentando encaminar, y normalizar, podríamos decir, a todos los niños hacia un desarrollo favorable, el cual correspondería a la salud. Cuando escriben sobre esta cuestión, entendemos que aparece el discurso moral.

Por otro lado, considerando los recursos que forman parte de la técnica de estas autoras, pensamos que ambas se colocan en el análisis, en un lugar de saber, siendo el niño, por momentos, en el análisis kleniano, un receptor de sus interpretaciones, basadas en ciertas verdades, que el niño únicamente tiene que comprender. Y siendo el niño, por momentos, para Anna Freud, un receptor de su pedagogía, estando en una relación de dependencia con su persona.

Podríamos hablar desde los postulados de Françoise Dolto, ya no del niño receptor, que recibe mensajes, verdades del otro, sino del niño “portavoz”, que denuncia verdades. (Dolto, 1965/2003, p.15). Dolto, concibe al niño como soporte y vocero de conflictos parentales, y como sujeto perteneciente a una estructura que determina sus síntomas. (Dolto, 1965/2003, p. 15). Sujeto de deseo, cuya verdad individual será habilitada y buscada en el análisis. (Dolto, 1965/2003, pp. 12-13).

Siguiendo esta línea teórica es que, Alba Flesler aborda la pregunta ¿qué es un niño? y responde que un “niño es siempre niño de Otro”, es lo que significa para sus padres. Por otro lado, entiende que el psicoanálisis trabaja con el niño, pero se dirige al sujeto de la estructura R.S.I. Aparece en sus obras, una predominancia de la dimensión sincrónica, ella considera que este sujeto que no tiene edad, pero sí tiempos, tiempos que no siguen una evolución biológica, sino una lógica. El niño deberá transitarlos, siendo necesario que pueda darse una alternancia en saltos, entre el objeto a, como presencia y ausencia. Dicho tránsito, implicará que en cada tiempo los padres realicen sus funciones, así como también que el niño también efectúe cierta operación. (Flesler, 2011, pp. 40-41).

Por otro lado, consideremos el nuevo “paradigma del protagonismo Infantil”, que Erika Alfageme, Raquel Cantos y Marta Martínez (2003) sostienen en el libro *De la participación al protagonismo infantil*, en él se sostiene que “el ser humano es un ser competente” y que el niño tiene el derecho de participar como protagonista en la sociedad (p. 51). Dicho paradigma, si bien se enmarca en el texto en el ámbito educacional, surge relacionado a la perspectiva de derechos, según la cual el niño es un sujeto de derecho y la infancia es una categoría social en sí misma, ya no un “estadio previo” a la adultez. Esta perspectiva se inaugura a raíz de la Convención sobre los Derechos del Niño del 20 de noviembre de 1989. (Alfageme, Cantos & Martínez, 2003, p. 30).

Por otro lado, las autoras comentan que,

El lugar en el que se coloca al adulto no es ya el del “sujeto supuesto saber”, cumpliendo la misión de depositar en los niños sus conocimientos en base a un modelo bancario, sino el de agente potenciador de la autogestión y autodirección de las niñas y niños. (Alfageme, Cantos & Martínez, 2003, pp. 49-50).

A partir del siglo XX, se habría producido una “ruptura” en la concepción de infancia. Surgiendo una nueva concepción, en la que se reconoce su “autonomía” y “especificidad”, y a raíz de la cual, se valoriza socialmente en mayor medida al niño. (Alfageme, Cantos & Martínez, 2003, pp. 21-22). En concordancia con este cambio es que estas autoras proponen una educación en la que los niños sean actores sociales “y no meros ejecutores” y en la que los adultos profesores sean una suerte de acompañantes y potenciadores de la búsqueda de conocimiento del niño. Los planteamientos de este paradigma actual, rompen con aquellas concepciones de niño que surgían en el discurso social de la época de Sigmund Freud, Anna Freud y Melanie Klein, en las que se hacía foco en la debilidad, dependencia e inmadurez del niño.

Surge como interrogante para futuros trabajos, ¿cómo influyen en la teorización y en la clínica psicoanalítica actual, las nuevas producciones de los discursos, social y educativo, entre otros?

En Uruguay, muchos de los niños de hoy, son niños que están muy exigidos, con una agenda llena de actividades curriculares y extracurriculares que se supone los prepara para insertarse en el mundo laboral productivo. Son niños que no escuchan seguido un no, hijos de padres muy ocupados, que comparten poco tiempo con ellos y cuando lo hacen les cuesta establecer límites. Son niños que desde bebés están en contacto de manera diaria con dispositivos tecnológicos, llamados por Roberto Balaguer (2017), niños “hiperconectados”. (p. 1). Resulta interesante, poder pensar en próximos trabajos, ¿cómo se subjetivan estos niños de hoy?

Referencias Bibliográficas

- Ariès, P. (1992). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. España: Taurus.
- Afageme, E. & Cantos, R. (2003). *De la participación al protagonismo infantil. Propuestas para la acción*. Madrid: Plataforma de Organizaciones de Infancia.
- Baranger, M. (1961/1962). El significado de la obra de Melanie Klein en el pensamiento psicoanalítico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (3), p. 14.
- Balaguer, R. (2017). *Vivir en la nube*. Recuperado de: <https://www.megustaleer.com.uy/libros/vivir-en-la-nube/MUY-002481/fragmento>
- Bustelo, E. (2012, 16 de noviembre). Notas sobre infancia y teoría: un enfoque latinoamericano. *Salud Colectiva*. Recuperado de: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-82652012000400006
- Castoriadis, C. (1997). El imaginario social instituyente. *Zona Erógena*, (35), pp. 1-9.
- Camaly, G. (2008). La apuesta de Lacan: el objeto a como plus de gozar. *Virtualia*, (18), pp. 1-6.
- Del Castillo, A. (2006). *Conceptos, imágenes y representaciones de la niñez en la ciudad de México*. Recuperado de <http://www.scielo.org.mx/pdf/ehmcm/n33/0185-2620-ehmcm-33-00123.pdf>
- Diccionario Etimológico Español. (2018). *Etimología de Chile*. [versión electrónica]. Chile: <http://etimologias.dechile.net/>
- Dinerstein, A. (2000). *¿Qué se juega en psicoanálisis de niños?* Buenos Aires: Lugar Editorial
- Fernández, A. M. (2006) "Lo niño" y el psicoanálisis: ¿posibilidad o imposibilidad? *Educação Temática Digital*, (8), pp. 20-48.
- Flesler, A. (2007). *El niño en análisis y el lugar de los padres*. Buenos Aires: Paidós.
- Flesler, A. (2011). *El niño en análisis y las intervenciones del analista*. Buenos Aires: Paidós.
- Flórez, J. A. (2005). La etimología de la verdad y la verdad de la etimología. El retorno de Heidegger a los orígenes del lenguaje filosófico en Grecia. *Foro de Educación*, (3), pp. 110-119.

- Freud, A. (1985). *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, A. (1985). *Introducción al psicoanálisis para educadores*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1948).
- Freud, A. (1985). *El psicoanálisis infantil y la clínica*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, A. (1990). *Psicoanálisis del niño*. Buenos Aires: Horme. (Trabajo original publicado en 1927).
- Freud, S. (1992). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 7, pp. 109- 223). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1992) Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 7, pp. 259-271). Buenos Aires. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1906).
- Freud, S. (1992). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En J.L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol.10, pp. 1-118). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).
- Freud, S. (1991). La fijación al trauma, lo inconciente. En J.L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas Sigmund Freud* (Vol.16, pp. 250-261). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).
- Freud, S. (1992). El esclarecimiento sexual del niño. (Carta abierta al doctor M. Fürst). En J.L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 9, pp. 111-121). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1907).
- Freud, S. (1991). Sobre psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 12, pp. 207-216). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Freud, S. (1991). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 22, pp. 1-168). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933).
- Freud, S. (1992). El sepultamiento del complejo de Edipo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras*

- Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 177-187). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1924).
- Freud, S. (1992). Breve informe sobre el psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 19, pp. 199-221). Buenos Aires: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1924).
- Freud, S. (1992). Psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 20, pp. 245-258). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- Freud, S. (1992). Introducción del narcisismo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Fendrik, S. (1989). *Psicoanálisis para niños. Ficción de sus orígenes*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Grigoravicius, M., Regueiro, P., Maza, V., & Abalde, M. F. (2016). El “niño” en la obra freudiana. *Revista Tesis Psicológica*, (2), pp. 74-88.
- Hernández, V. (2014). ¿Qué es un niño? Recuperado de <http://www.colegiodepsicoanalisislacaniano.com/index.php/blog/9-que-es-un-nino>
- Klein, M. (1990). El desarrollo de un niño. *En Obras completas: Melanie Klein* (Vol. 1, pp. 15-65). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1921).
- Klein, M. (1990). Principios psicológicos del análisis infantil. *En Obras completas: Melanie Klein* (Vol. 1 pp. 137-147). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1926).
- Klein, M. (1990). Simposium sobre análisis infantil. *En Obras completas: Melanie Klein* (Vol. 1, pp. 148-177). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1927).
- Klein, M. (2012). *El psicoanálisis de niños*. México: Paidós. (Trabajo original publicado en 1932).
- Kristeva, J. (1991). Freud, “Heimlich y Unheimlich”, la inquietante extrañeza. *Extranjeros para nosotros mismos*. (pp. 359-368). España: Plaza & Janes.
- Melanie Klein Trust. (2018). 1921-1925: Berlín - comienzos del análisis con niños. Recuperado de: <http://www.melanie-klein-trust.org.uk/es-1921-25-Berlin-child-analysis-begins>
- Labos, E. (1998). Niños en psicoanálisis. *Psicoanálisis*, (2), pp. 310.
- Lacan, J. (1983). *Dos notas sobre el niño. Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (2008). *El Seminario 4. La relación de Objeto*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1956/1957).
- Lacan, J. (2001). *El Seminario 1. Los Escritos Técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1953/1954).
- Lacan, J. (1981). *El Seminario 20. Aun*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1973).
- Lander, R. (2009). *Melanie Klein iniciación a su vida y obra*. Venezuela: Psicoanalítica. (Trabajo original publicado en 1979).
- Leserre, A. (2013). *A cada uno...* Buenos Aires: Grama.
- Levin, R. (1995). El psicoanálisis y su relación con la historia de la infancia. *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, (3), pp. 613-633.
- López, Y. (1999). De la inocencia del niño a la sexualidad infantil. *Affectio Societatis*, (4), pp. 1-15.
- Rambal, E. (1990). ¿Qué es un niño? Recuperado de <https://www.musixmatch.com/es/letras/Enrique-Rambal/Que-Es-Un-Ni%C3%B1o>
- Real Academia Española (2018). *Diccionario de la lengua española*. [versión electrónica]. España: © Real Academia Española <http://dle.rae.es/srv/fetch?id=YUpGCSO>
- Rodulfo, R. (1996). *El niño y el significante. Un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana*. Buenos Aires: Paidós.
- Rojas, X. & Lora, M. E. (2008, agosto). El niño como sujeto desde el psicoanálisis. *Ajayu*. Recuperado de http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2077-21612008000200006
- Mannoni, M. (2003). *La primera entrevista con el psicoanalista*. Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1965).
- Vargas, K. (2010). El niño y lo infantil. *Psyconex*. Recuperado de <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/Psyconex/article/viewFile/9477/8745>
- Vallejo Orellana, R. (2002). Anna Freud, una vida dedicada al conocimiento y a la ayuda psicológica del niño. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, (81), pp. 65-78.